

ALTERNATIVA PLANETA TRES

Ralph Barby

CIENCIA FICCION


BRU
GUE
RA
BOLSILIBROS
FUTURO
ALTERNATIVA
PLANETA TRES
Ralph Barby
CIENCIA FICCION



Ralph Barby
[Espacio 676] Alternativa Planeta Tres

CAPITULO I

Sistema estelar RA, planeta Cuatro, visualización pantalla uno.

Rossend Dard se arrellanó en su butaca anatómica. El planeta objetivo aún estaba lejos de la proa de su cosmonave. Había puesto en marcha los retrocohetes, con intermitencias controladas automáticamente para disminuir la velocidad de crucero, que había llegado a los doce mach-luz.

El planeta apareció con sus tonalidades rojizas en la pantalla uno, que era la principal pantalla de la sala de mando y control de la cosmonave Esplai 11-9.

Rossend Dard conocía los datos de aquel planeta, pues le habían sido facilitados previamente por una memoria magnética. Podía superponer los datos que ya poseía sobre la propia imagen del planeta que tenía en pantalla.

El planeta Cuatro del sistema estelar RA no era uno de los mejores planetas con vida o posibilidades de vida que Rossend Dard conocía.

No tenía selvas feroces, ríos inmensos ni abundancia de vida animal. Aquel planeta tenía casquetes polares bien visibles y una franja oscura en la banda ecuatorial. Según los datos que poseía, en aquella banda ecuatorial existía una vegetación primaria que podía ser el erigen de futuras selvas. El agua escaseaba, pero se sabía que debajo de la primera corteza, no siempre sólida, existía agua, inmensos depósitos de agua.

Tenía conocimientos de que la banda ecuatorial del planeta había sido sembrada desde el aire con microscópicas algas y otras semillas, con la pretensión de que un mínimo del diez por ciento de aquel mundo vegetal sobreviviría a las adversas condiciones y se reproduciría.

- ¿Qué hay del planeta Cuatro?

Rossed Dard volvió la cabeza hacia su compañero Llop, que acababa de arrellanarse en otra butaca frente a la pantalla uno.

- Tengo la impresión de que la misión «Fénix» del planeta Cuatro ha tenido un éxito muy escaso.

- Llevamos a bordo suficientes cartuchos repletos de semillas y microalgas liofilizadas para sembrar una buena parte de ese planeta.

- Tenemos que seguir el plan marcado. Erika y Valva son las encargadas de tomas las decisiones al respecto. Recuerda que nosotros sólo hemos sido contratados por el gobierno de la Confederación como transportistas, ha fletado nuestra cosmonave con su dotación incluida para esta misión que llevarán a cabo las científicos que llevamos a bordo.

- ¿Y si descubrimos algún yacimiento interesante?

- Si eso ocurre, lo mejor es tomar toda clase de datos en secreto y, cuando la misión científica llegue a su fin y otra vez seamos libres por completo, presentaremos nuestro descubrimiento y las posibilidades de explotación, siempre que sean interesantes, claro.

- ¿Sabes que se dice que ese planeta Cuatro puede ser el planeta del ojo del dios de la galaxia?

- Eso es sólo una leyenda transmitida de una parte a otra de la galaxia por los cosmonautas que la han venido recorriendo a lo largo de los tiempos.

- No obstante, todas las leyendas tienen algo de verdad.

- Muchos seres han muerto buscando la verdad de las leyendas de la galaxia, esas leyendas que se han propagado de planeta a planeta.

- He oído contar que el ojo del dios de la galaxia es lo más maravilloso y alucinante que se puede encontrar en todo el universo.

- ¿Y qué crees que puede ser ese supuesto ojo? -inquirió Rossend Dard.

- No lo sé, pero no creo que sea un volcán en erupción como el del planeta Hirom, y no te hablo de volcanes vulgares, de los que expulsan lava y rocas, sino de uno atómico.

- Sí, ya te oigo, como el del planeta Hirom, pero tú mismo dices que ése no puede ser el ojo del dios de la galaxia. Además, por lo que yo sé, el ojo del dios de la galaxia puede estar en más de veinte

planetas distintos.

- Y todos son escrutados centímetro a centímetro por cosmonautas aventureros como nosotros.

- En estos momentos no somos aventureros, Llop, estamos en misión oficial, enviados y pagados por el gobierno de la Confederación.

- Pero nosotros no somos milicianos, ni siquiera funcionarios de nuestro gobierno. Somos cosmonautas privados con vehículo propio.

- Exactamente, contratados para una misión científica. Eso, como tú sabes, nos favorece luego para solicitar créditos de la Administración, créditos con los que poder introducir mejoras técnicas en nuestra cosmonave, y también nos abre más puertas. De cuando en cuando hay que aceptar algún encargo del gobierno de la Confederación. Incluso estás mejor situado en las listas por si sufres algún accidente en ruta.

- Si algún día alguien encuentra el ojo del dios de la galaxia será el cosmonauta más afortunado de toda la historia de la galaxia.

- Tienes fiebre en los sesos, Llop. Olvídate del ojo del dios de la galaxia, sólo es una quimera inalcanzable.

- Cada vez que me acerco a uno de los planetas donde se supone que puede estar el dios de la galaxia me siento distinto.

Rossend Dard pulsó una tecla y habló ante un diminuto micrófono.

- Erika, Valva, ¿me oyen?

- Sí, le oímos -respondió la voz fuerte de la doctora Erika-. ¿Qué ocurre?

- Tenemos en pantalla el planeta objetivo.

- ¿Es una grabación o directo?

- Directo, gracias a las supra-telecámaras de proa. Llevamos velocidad reducida para obtener máxima información en posición móvil. Todos los datos que necesiten para sus investigaciones los obtendrán de los terminales de datos que dependen del computador central. Los telesensores están funcionando, pero hasta dentro de tres horas veinte minutos los datos no serán altamente fiables.

- Entonces acudiremos a la sala de mando y control, para efectuar una observación directa sobre pantalla hasta que los datos sean altamente fiables.

- Como quieran -aceptó Rossend Dard, cortando la comunicación interior.

- Detecto vida orgánica, put put. Detecto vida orgánica animal, put put.

Rossend Dard dio una ojeada al androide que acababa de llegar a la sala de mando y control.

Trece era un robot mecano-electro-biónico de una estatura algo más elevada que la de los humanos de la Confederación. Estaba diseñado para pasar por las mismas puertas; sin embargo, cuando los dinteles de las puertas o los techos de las galerías por las que circulaban eran más bajos que él, su cabeza se hundía en parte dentro del cuerpo.

Su aspecto externo era una burda copia de un ser humano. Su memoria biónica no podía igualarse a la de un humano con alto coeficiente de inteligencia, pero sí poseía incorporados unos telesensores que resultaban muy prácticos y útiles. A distancia, podía captar lo que quedaba fuera del alcance de cualquier humano de la Confederación.

- ¿Cómo puede ser que detectes vida orgánica animal en ese planeta que tenemos en pantalla si es un planeta yermo? Trece, ahí no hay más vida que microvegetales que se sembraron hace ya tiempo por una anterior expedición científica de nuestra Confederación.

- Ya no detecto vida orgánica animal, put put. Ya no detecto vida orgánica animal, put put.

- Tendrá alguna placa impresa averiada -opinó Llop, irónico.

En la sala de control aparecieron las científicas Erika y Valva. Había una gran diferencia física entre las dos mujeres. Erika era maciza, cuadrada, muy fuerte, cuellicorta y de mandíbula ancha.

Por contra, Valva era toda curvas, elástica, de carnes prietas. Toda ella se convertía en estímulos sensuales aun sin provocarlos conscientemente. Su cabello largo, su rostro, sus grandes ojos verdes, su esbelto cuello, sus pechos prominentes, hacían que cualquier hombre se sintiera atraído por ella.

No se habían suscitado conflictos sexuales durante el viaje, porque si bien la libertad era total también lo era el respeto, y cualquier cosmonauta que transgrediera tales normas, terminaba siendo expulsado de las cosmonaves a su retorno a la

Confederación.

- A simple vista puede opinarse que la operación «Fénix» planeta Cuatro no ha sido un fracaso total -opinó la doctora Erika escrutando la pantalla en la que aparecía la banda oscura ecuatorial de aquel planeta de aspecto rojizo.

Rossend Dard opinó:

- Tengo la impresión de que falta mucha agua. No habrá humedad suficiente para que esos microvegetales germinen.

- Habrá agua -casi sentenció Valva que era geofísica.

- ¿De verdad cree que hay agua? -insistió Rossend Dard.

- En el subsuelo existe agua en forma de hielo y, a más profundidad, hay agua en estado líquido. Lo que hay que hacer es sacarla, que aflore hacia la superficie. Si lo conseguimos, las microplantas, primer paso para crear una gran vegetación, serán un hecho.

Erika explicó:

- La abundancia de vegetales, aunque sea en estado microscópico, mantienen la humedad ambiental y atraen más. Por otra parte, estamos sembrando microvegetales que precisan muy poca agua para sobrevivir y retienen al máximo la que toman del propio aire. Además, son plantas tratadas genéticamente para poder automutarse y adaptarse rápidamente a las condiciones ambientales.

Llop preguntó:

- ¿Quiere decir que de esas microplantas pueden llegar a salir árboles?

- Claro que sí. Los factores necesarios de agua y temperatura harían que las mutaciones no fueran tan lentas como en una evolución natural.

- Llevamos bombas térmicas suficientes para fundir los casquetes polares -explicó Valva-. Si licuamos todo ese hielo y nieve, el agua quedará en suspensión y disuelta también en el aire por los vientos que se originarán a causa de la explosión termonuclear. Esa humedad será captada por las plantas en la banda ecuatorial sembrada y ya no escapará, las plantas la irán absorbiendo. Después habrá que hacer unas perforaciones o buscar la corteza, para que el hielo se funda y el agua brote hacia la superficie por presión de gases y así se formarán ríos. Habrá más temperatura, el agua se

evaporará y la humedad ambiental subirá.

- Ya lo has oído, Rossend, vamos a transformar ese planeta -dijo Llop.

La doctora Erika, que seguía observando el planeta Cuatro, añadió:

- Es un planeta con grandes posibilidades de vida biológica, al que hay que dar un empujón en su evolución natural. No se pueden esperar millones de años hasta que consiga una flora suficiente para permitir la vida sin problemas.

- A mí me parece muy bien -admitió Rossend Dard-. Cuantos más planetas con vida biológica haya, más amplio será el mundo para la supervivencia de los humanos de la galaxia. -Se encaró con Erika y añadió-: Supongo que cuando la vegetación haya prosperado, la Confederación dejará en ese planeta animales para que se reproduzcan.

- Sí, ésos son los proyectos.

- Detecto vida orgánica, put put; detecto vida orgánica animal, put put.

Todos se volvieron para mirar al robot Trece.

- ¿Y cómo la detectas, si sólo ves el planeta a través de la pantalla? -preguntó el cosmonauta Llop.

- Hipersensibilidad de telesensores, put put. Hipersensibilidad de telesensores, put put.

Valva inquirió:

- ¿Es posible eso?

Rossend Dard explicó:

- Este tipo de androides es muy bueno, porque pueden ser reestructurados en parte por sus propietarios. Permiten la introducción de algunas microplaquetas que, combinadas con unos sellos biónicos, dan resultados «hiper» que sobrepasan a lo deseado.

- ¿Y no hay peligro de que se conviertan en casi humanos? -preguntó Erika, mirando a Trece con cierto recelo.

- No, no son perfectos como un humano, aunque en determinadas cosas nos superan.

- Una vez visioné un video -comenzó a explicar Valva-que era la historia de unos androides que controlaban una factoría y comenzaron a autofabricarse, es decir, a autoreproducirse y llegaba la revolución de los androides.

- Esa es una historia que no creo que llegue a ocurrir jamás - replicó Erika.

Llop objetó:

- El androide no siempre es fiable, también se equivoca muchas veces por pasarse de listo.

- Soy altamente fiable, put put. Soy altamente fiable, put put.

Nadie hizo mucho caso de las observaciones del androide Trece debido a que la imagen que éste recibía, aunque fuera teleholográfica, era sobre pantalla y, por tanto, los telesensores podían fallar.

Mientras, la cosmonave Esplai 11-9 avanzaba hacia su objetivo, grande y majestuosa, con las bodegas cargadas de cartuchos repletos de semillas y microalgas liofilizadas y bombas termonucleares limpias, de gran poder expansivo para fundir los hielos y aumentar la humedad del aire del planeta yermo, forzando su evolución biológica.

Las científicas dispusieron sus telesensores; así, en cuanto entraran en órbita del planeta Cuatro, podrían comenzar a tomar datos que pasarían a la memoria del ordenador que llevaban consigo.

El descenso a la superficie del planeta se llevaría a cabo cuando hubieran obtenido muchos datos, y sería en razón a tomar muestras físicas, especialmente de los vegetales que habían llegado a arraigar y a sobrevivir en el medio hostil en que fueran sembrados por pulverización aérea.

El planeta no parecía poder ofrecer grandes misterios ni emociones, salvo para Llop, que soñaba con el legendario ojo del dios de la galaxia, un ojo que muchos aventureros como él habían soñado encontrar, pero que al parecer nadie había visto aún.

Cuando ya arribaban a la órbita del planeta Cuatro del sistema Ra, Rossend Dard quedó perplejo. Los detectores de su radar le advirtieron que no eran el único vehículo en aquel espacio.

Pasó a una de las pantallas uno de los vehículos detectados y lo observó, atónito.

- Llop, ¿has visto eso?

- ¡Diablos! ¿Qué hace ahí un satélite artificial?

- Eso es lo que yo me estaba preguntando. ¿Dejaron los miembros de la anterior expedición satélites artificiales en órbita?

- Que yo sepa, no, pero será mejor preguntárselo a Erika y a Valva. Erika, Valva, ¿pueden venir a la sala de control? -pidió Rossend Dard por el intercomunicador.

Cuando llegaron a la sala, ambas clavaron sus ojos en la pantalla. Fue Valva la primera en preguntar:

- ¿Qué es?

- Un satélite artificial no tripulado, pero ignoramos de quién es. ¿Vuestro proyecto «Fénix» planeta Cuatro dejó satélites artificiales aquí?

- No -respondieron ambas al unísono.

- Entonces es que hay alguien más en este planeta.

- Ese satélite también podría ser una pequeña cosmonave sonda que ha quedado atrapada en la órbita de este planeta, accidentalmente.

- Sería demasiada casualidad, porque acabo de descubrir otro.

- ¿Otro?

Rossend Dard tecleó en su panel de mandos y otra pantalla se iluminó, apareciendo la imagen teleholográfica de otro satélite artificial, que no era exactamente igual al que había en la otra pantalla.

- Emtonces, nuestro androide tenía razón -musitó Llop, demostrando sorpresa.

- Eso parece. Alguien ha llegado a ese planeta antes que nosotros.

- ¿Y qué hacemos ahora? -preguntó Valva-. Según nuestros datos, no tenía que haber nadie aquí, porque nadie había en la anterior expedición. Era un planeta sin vida; es más, los vegetales que hayan podido crecer los sembraron los miembros de nuestra Confederación que estuvieron antes aquí.

- Lo primero que tendremos que averiguar es si la gente que está sobre ese planeta es belicosa o no.

- Si son belicosos, los evitaremos -opinó Rossend Dard.

Valva inquirió:

- ¿Qué podrían hacernos?

- Llevamos armas para defendernos -dijo Rossend Dard-, pero no es nuestra misión entablar ninguna batalla espacial. Por cierto, los informes que tenemos son de que en el planeta Tres de este sistema estelar sí existe vida inteligente.

- Sí -admitió Erika-, pero una civilización poco evolucionada, dependiente de los arcaicos sistemas derivados del petróleo.

- ¿Y si en el espacio de tiempo que ha transcurrido desde que fueron observados por nuestras expediciones hasta ahora hubieran evolucionado rápidamente?

- Cabe esa posibilidad, pero es muy remota -rebatió Erika.

Llop opinó:

- Esos satélites artificiales también parecen muy rudimentarios.

Rossend Dard captó las señales de los extraños satélites artificiales y pasó cuanto recibía al computador central para que el descodificador tradujera las señales.

- Fijaos, envía fotografías de televisión planas, en color pero imperfectas.

Observaron mejor a los satélites artificiales.

- Los están utilizando también para telecomunicaciones primarias -dijo Llop.

- Eso quiere decir que ya hay colonias establecidas en este planeta -dijo Valva.

- ¿Qué hacemos? -preguntó Rossend Dard-. Nos hallamos demasiado lejos de la última de nuestras colonias espaciales. Si hay que repartirse este planeta, deberíamos entrar en contacto con ellos. Posiblemente sean seres que han dado el salto del planeta Tres al planeta Cuatro y ahora, por la diferencia orbital en torno a su estrella sol, se hallan muy separados de los suyos.

- ¿No podríamos conocer más datos de cómo es la civilización del planeta Tres? -preguntó Valva, preocupada.

- No, no nos dieron datos al respecto. ¿Quién imaginaba que ellos podían adelantársenos y que ya los íbamos a encontrar en este planeta?

- Creo que deberíamos seguir con nuestro proyecto tal como está planificado -opinó la profesora Erika-. Seguiremos tomando datos y luego, cuando sea el momento de proceder al sembrado aéreo del planeta utilizando la lanzadera y antes de soltar las bombas termonucleares, contactaremos con esos seres, no sea que podamos perjudicarlos de alguna forma.

- Mientras tanto, nos van a descubrir, aunque tengan aparatos burdos, nos detectarán.

- Estaremos preparados para ello -dijo Rossend Dard.

Llop objetó:

- ¿Y si en su armamento no son tan burdos? Lo desconocemos todo sobre ellos.

- No es bueno que les temamos tan pronto -objetó Rossend Dard-. Nos colocaremos en una órbita desde la que no podamos ser descubiertos a simple vista, nuestra cosmonave es grande. Al mismo tiempo, trataremos de detectar las colonias que los humanos del planeta Tres hayan establecido sobre la superficie del planeta Cuatro. Si llegamos a establecer un contacto con ellos, que sea lo más amistoso posible.

- Creo que debemos empezar a trabajar, lo mismo estén o no ahí abajo -opinó Valva-. Hemos de repoblar vegetalmente este planeta para hacer más rápida su evolución biológica. Si ellos están ahí, les comunicaremos cuál es nuestra misión.

Llop preguntó:

- ¿Y si ellos dicen que el planeta es suyo, que han llegado antes?

- En ese caso, lo único que podemos hacer nosotros es llevar a cabo el trabajo que se nos ha encomendado y luego marcharnos sin crear problemas bélicos. De regreso a nuestro sistema planetario, expondremos a nuestro gobierno lo que ocurre y que sea el gran congreso confederal quien tome las decisiones oportunas, ya no será nuestro estricto problema.

De pronto se encendió la luz naranja intermitente de las telecomunicaciones. Sus destellos llamaron la atención de cuantos se hallaban en la sala de mando y control de la cosmonave Esplai 11-9 de la Confederación.

Rossend Dard oprimió un botón, era un medidor automático de guarismos luminosos que comenzó a moverse hasta detenerse en una cifra; había captado la amplitud de teleondas.

Pulsó luego dos botones, uno dejando libre la recepción de imagen por el canal de telecomunicación y el otro para trasladar dicha imagen a la pantalla uno, la mayor de las pantallas.

Inmediatamente apareció el busto de un desconocido, un hombre que no tenía demasiadas diferencias físicas con ellos. Vestía uniforme y poseía un rostro alargado. Sus cabellos eran rubios y sus ojos, de un gris azulado, fríos, demasiado fríos.

- ¿Quiénes sois? ¡Identificaos! -ordenó, tajante.

CAPITULO II

Rossend Dard se acomodó mejor en su butaca, se sentía seguro. Se daba cuenta de que pese a no tripular una cosmonave de guerra, debía poseer una cierta superioridad sobre aquellos desconocidos que habían ocupado el planeta Cuatro.

Los sistemas de telecomunicación que ellos poseían podían calificarse de burdos; su imagen era a color, pero resultaba tristemente plana, aún estaban muy lejos de la teleholografía. Sin embargo, como había advertido Llop, su compañero de innumerables viajes por el cosmos, aquellos desconocidos podían estar más evolucionados en cuanto a armas ofensivas y, si eran belicosos, podían resultar muy peligrosos.

- Somos humanos de la Confederación. Nos hallamos en este planeta, al que denominamos Cuatro, para una misión científica, y vosotros, ¿quiénes sois?

- Somos seres de Biong -replicó con una voz fría e impersonal que no inspiraba amigabilidad.

- ¿Biong? ¿Acaso Biong es el nombre del planeta Tres de este sistema estelar en el que nos hallamos? -preguntó Rossend Dard mientras a su alrededor se mantenía un gran silencio. Sabía que sólo su imagen sería la que apareciera en las pantallas de su interlocutor.

- Biong es efectivamente el planeta tercero de este sistema. Y vuestra Confederación, ¿dónde está?

- Lejos de aquí, muy lejos. El nombre de nuestra estrella sol no os diría nada, pero os la señalaremos en algún mapa estelar. ¿Vais a estar mucho tiempo ocupando el planeta Cuatro?

- El planeta Cuatro nos pertenece -replicó el ser de Biong que aparecía en pantalla.

- Según la carta galáctica, ningún planeta que no sea el de

origen pertenece a nadie.

- Desconocemos esa carta galáctica y este planeta Cuatro lo consideramos nuestro -replicó tajante el ser de Biong.

En la cosmonave Esplai 11-9 comenzaron a sentirse molestos por la actitud de aquel desconocido que tenían en pantalla.

- No deseamos entablar ninguna discusión con vosotros -le dijo Rossend Dard-. Nosotros no reivindicamos ninguna propiedad planetaria.

- Entonces será mejor que abandonéis este planeta que ya está ocupado por nosotros -exigió el ser de Biong.

- Insisto en que nosotros no reivindicamos la propiedad de este planeta que hemos venido cuidando desde hace mucho tiempo, pero tampoco reconocemos a nadie como propietario del mismo, ya que es un planeta muerto, sin evolución biológica. Repito, formamos una misión científica. Nosotros, los seres de la Confederación, vivimos en paz con todas las civilizaciones de la galaxia. Si no os importa, será mejor que tengamos un encuentro personal para exponer nuestros mutuos criterios y así poder llegar a un acuerdo.

- No tenemos por qué acordar nada con seres extraños a este sistema estelar -replicó el frío ser de Biong.

- Pues yo opino que sí -insistió Rossend Dard, dispuesto a no ceder ante la intransigencia de aquel ser que procedía del planeta Tres. Antes de que aquel individuo añadiera algo que les condujera a una situación de total ruptura, antes incluso de haber llegado a conocerse, Rossend Dard añadió: -Nuestra misión científica ya está programada y, como consideramos que el planeta estaba muerto, quizá la operación que vamos a llevar a cabo, con o sin vuestro permiso, no os guste.

- ¿Qué tratas de decirme? -inquirió el ser de Biong, ahora más ceñudo. Su aspecto más agresivo.

- Que en nuestra misión científica va implícito el cambio de las constantes físicas y meteorológicas de este planeta que nosotros llamamos Cuatro. Tales cambios pueden afectaros en forma grave y no deseamos causaros ningún daño.

- Lo que estás diciendo significa una agresión en toda regla -arguyó el miliciano de Biong, ya mucho más preocupado.

- No se trata de una agresión, sino de poner en práctica nuestra operación científica. Tenemos orden de llevarla a cabo y no

abandonaremos este lugar sin hacerlo.

- Esa operación, ¿en qué consiste?

- ¿No os parece que sería mejor que estableciéramos contactos, digamos de entendimiento? Insisto, somos pacíficos, pero, como es lógico, al ser viajeros del cosmos vamos armados para poder salir con bien en situaciones de autodefensa.

- ¿Es otra amenaza? -inquirió el ser de Biong.

- No, sólo una advertencia. Tampoco está de más que os haga saber que pertenecemos a una civilización tecnológicamente más avanzada que la vuestra. Si llega el caso, os podemos ayudar en cuanto haga falta. Es evidente que nuestra tecnología es muy superior a la vuestra. Nuestras velocidades de crucero por el cosmos son inalcanzables para vuestras cosmonaves y lo seguirán siendo por mucho tiempo.

- ¡Nosotros no somos inferiores a nadie! -exclamó muy irritado el ser del planeta Tres llamado Biong.

- Claro que no, sólo se trata de dar tiempo al tiempo. Nosotros no somos agresivos ni conquistadores, pero tenemos capacidad de autodefensa, será mejor que lo entendáis así. Si no aceptáis un encuentro razonable de amistad con nosotros, no os forzaremos a ello. Llevaremos a cabo nuestra misión y luego desapareceremos. Lo que os suceda ya no será problema nuestro. Cuando tengáis una respuesta que darnos, volved a comunicaros con nosotros.

Dicho esto, Rossend Dard cortó la telecomunicación.

- Vaya tipo -rezongó Llop, con un suspiro.

Erika opinó:

- Es un miliciano de mal talante.

- Será muy difícil que lleguemos a entendernos con ellos .-observó la hermosa Valva.

- No importa. Si ellos se creen los conquistadores del universo, que sufran las consecuencias. Seguiremos en órbita, recibiendo datos. Tomaremos muestras de los vegetales que han arraigado y después llevaremos a cabo la repoblación de la banda ecuatorial tal como está previsto en el plan de la misión «Fénix» planeta Cuatro. Acto seguido fundiremos los casquetes polares y sacaremos de las entrañas del planeta toda el agua que sea posible, en forma líquida y en vapor. Se formarán grandes tempestades, lloverá y el viento tendrá un alto porcentaje de humedad que será captado por las

semillas y microalgas liofilizadas. Se producirán grandes tormentas que si se quedan ahí abajo, pegados al planeta, no les van a gustar.

Llop preguntó:

- ¿Y si atacan?

- Hay que mantenerse prevenidos. Controlaremos los cinco satélites artificiales que poseen.

- ¿No sería bueno pulverizarlos con espuma plástica para inutilizarlos temporalmente? -sugirió Llop.

- De momento estaremos quietos, pero si hay que hacerles una demostración, la tendrán, por supuesto. Ahora se habrán quedado preocupados.

- Yo empezaría haciéndoles ya la demostración -opinó Llop-, antes de que ellos cometan una torpeza iremediable.

- Mientras tengamos detectados sus satélites artificiales, la ubicación exacta de las colonias que han establecido sobre el planeta, el volumen material y humano de esas colonias y las cosmonaves de que disponen, que seguramente estarán estacionadas cerca de sus colonias, no creo que podamos sufrir ningún ataque por sorpresa.

- ¿Y si pese a todo nos disparan? -inquirió Llop.

- Hay que mantener listos los sistemas operativos de rápida defensa. Dile a Yago que venga a la sala de mando y control y se ocupe de los sistemas de defensa permanentemente. Hay que dar una rápida respuesta a un posible ataque traicionero, no me fio nada de los seres de Biong.

- No podemos entrar en guerra con ninguna civilización planetaria -advirtió la profesora Erika.

- No entraremos en ninguna guerra -manifestó Rossend Dard-, pero si alguien ataca esta cosmonave, recibirá la réplica oportuna. Hice un contrato con el gobierno de la Confederación y lo cumpliré.

Con sus palabras, Rossend Dard acababa de dejar claro que él era el comandante de la cosmonave y que si había que tomar una decisión la tomaría con todas las consecuencias, sin dejarse intimidar por nada ni por nadie.

CAPITULO III

Cuando Rossend Dard regresó a la sala de mando y control después de haber dormido durante unas horas, vio allí a Llop ocupando el cargo de comandante en su ausencia. Por ayudantes tenía a Bestian, joven pero experto, y a Giovanni, un viejo lobo del cosmos.

- ¿Qué tal va eso?

- Hemos localizado cuatro colonias o campamentos después de los cinco satélites. Poseen también seis cosmonaves de diversos tamaños y formas. En la colonia principal tienen tres cosmonaves y los otros tres campamentos poseen una nave cada uno. Posiblemente tienen capacidad de despegue inmediato en todas partes.

- Son muchas cosmonaves -opinó Rossend Dard.

- Eso me parece a mí también -admitió Llop-. Si nos atacan tendremos problemas.

- ¿Cuántos seres crees que componen esas cuatro colonias?

- Imposible saberlo por el momento. Las construcciones en las que se refugian, de los cambios térmicos y de los vientos, son metálicas y semiesféricas. Es imposible saber cuánta gente se esconde dentro de ellas.

- B¡en, después de todo nos hallamos a una considerable distancia.

Bestian volvió la cabeza para decir.

- Entre las colonias se comunican utilizando los satélites artificiales que han dejado en órbita.

- Si bloqueáramos esos satélites con espuma plástica no podrían telecomunicarse -dijo Llop.

- Y entonces se pondrían furiosos como avispas a las que han sacudido el nidal. Además, lo tomarían como una agresión y seria

verdad.

- Entonces, ¿qué hacemos?

- Voy a dejar lista la lanzadera. Descenderemos sobre la superficie de este planeta.

- ¿Irás tú?

- Sí.

- ¿Sólo?

- No.

- ¿Te llevarás a Trece?

- Sí, y también vendrán conmigo Erika y Valva.

- Bien, nos mantendremos en constante telecomunicación.

Valva y Erika fueron avisadas. Ellas habían tomado ya los datos que fueron introducidos en su pequeño ordenador.

- Listo para partir, put put. Listo para partir, put put.

- Deja de bocinar palabras y métete en la lanzadera -ordenó Rossend Dard al androide Trece. A bordo de la pequeña nave lanzadera, llevaban trajes de supervivencia por si se hacían necesarios, y sobre sus cuerpos, sólo armas pequeñas de defensa.

La compuerta del hangar se abrió y la lanzadera salió propulsada por sus potentes motores, penetrando en la atmósfera del planeta Cuatro.

Volaba a gran velocidad, tripulada por el habilísimo Rossend Dard. Las líneas aerodinámicas del vehículo le permitían moverse con facilidad dentro de la atmósfera de aquel planeta.

- ¿Es que vamos al casquete polar norte? -preguntó la profesora Erika, preocupada al ver frente a sus ojos la gran masa blanca de los hielos glaciares.

- No, pero si descendemos en este punto del planeta los colonos de Biong no sospecharán de nosotros; puesto que son tan agresivos, evitaremos los encuentros.

- Ya tenemos muestras de estos hielos polares -dijo Valva.

- Sí, ya sé que estos hielos son de excelente calidad para ser convertidos en agua y nubes, pero nos vamos a dirigir a la banda ecuatorial, pegados a la superficie del planeta para no ser descubiertos. Tardaremos más, pero será más seguro.

La lanzadera prosiguió su avance, volando entre cuatro y cinco metros de altura. El radar automático evitaba los obstáculos. Rodeaban las montañas, pero no hacían lo mismo con los cráteres

que carecían de relieves externos.

- Creo que va a costar mucho convertir este planeta en un vergel -opinó Rossend Dard que en derredor sólo veía desierto-. Allí no había ninguna vida visible. Sabía que el planeta carecía incluso de insectos o microinsectos y de otras formas menores del mundo animal.

Aquel planeta poseía una atmósfera respirable, aunque su composición no era la más óptima para los humanos de la Confederación.

En las grandes llanuras se producían fuertes vientos al calor de la estrella Ra, y aquellos vientos azotaban luego las montañas, algunas de cuyas cumbres aparecían blancas, cubiertas por nieves eternas.

Los cielos estaban limpios y no había nubes.

A medida que se acercaban a la banda ecuatorial la temperatura ambiente subía. Los números del termómetro iban cambiando, ascendiendo con rapidez. De los sesenta grados bajo cero que tuvieron en los polos, ya llegaban casi a los cero grados. Y cuando arribaban al grado de temperatura, comenzaron a descubrir las primeras muestras de lo que optimistamente llamaban vegetación.

- Detén, detén la nave -pidió Erika.

Rossend Dard detuvo la lanzadera junto al borde de un cráter. Las dos mujeres descendieron y también Trece, que comenzó a mantener una vigilancia de trescientos sesenta grados.

- Mira, Valva, aquí hay hierba.

- Sí, pero muy rala, pobre y quemada.

- Quemada por las bajas temperaturas que debe hacer de madrugada.

- Esto no se puede considerar un éxito -estimó Valva.

- Todavía no. Recoge algunas muestras de esta tierra, hay que comprobar los tantos por ciento de retención de agua. Yo tomaré muestras de las hierbas.

Mientras las dos científicas recogían muestras que introducían en cajas previamente preparadas, Rossend Dard se acercó caminando al borde del gran cráter. Trece, el robot, le siguió como si fuera un perro de compañía.

- ¿Qué te parece este cráter, Trece?

- Forma elíptica. Noventa y dos metros con setenta centímetros

de diámetro en la circunferencia, sesenta y dos con cuatro en la menor. Borde liso, sin relevancia, put put.

- Te falta poesía, Trece -rezongó Rossend Dard.

- La poesía no es computable, put put. La poesía no es computable, put put.

- Ya, ya, no hace falta que lo repitas.

Rossend Dard examinó el fondo del cráter. El desnivel debería ser de más de treinta metros de altura. El fondo se veía totalmente blanco y el área plana que había alrededor del cráter, fuera de él, rosada.

- Parece nieve, ¿verdad, Trece?

- No es nieve, put put. No es nieve, put put.

- ¿Qué es, entonces?

- Un sedimento de cloruro potásico. Put, put. Un sedimento de cloruro potásico.

- Vaya, un depósito de sal potásica. Si este lugar se llena de agua, se convertirá en un lago de agua salada. Me gustaría bañarme, salvo que haya sales venenosas para disolver.

- Sedimento de cloruro potásico, veinte centímetros de espesor aproximado, put put. Sedimento de cloruro potásico, veinte centímetros de espesor aproximado, put put.

- ¿Y qué hay debajo, Trece?

- Calcita, put put. Calcita, put put.

- ¿Calcita?

- Repito, calcita, put put. Repito, calcita, put put. Detecto materia inorgánica desconocida en el centro de la elipse, put put. Fiabilidad diez sobre cien, put put. Fiabilidad diez sobre cien.

- Poca fiabilidad es ésa, Trece. Quizás este lugar sea un buen yacimiento de algo interesante. Memoriza la posición, Trece, grábala por si quiero volver a este lugar.

- Orden recibida, put put. Orden recibida, put put. Situación memorizada, put put. Situación memorizada, put put.

- Volvamos con las mujeres -dijo Rossend Dard tras dar un último vistazo a aquel cráter que, a distancia, podía ser hermoso.

- Ya estamos -dijo Valva, guardando la última de las cajas.

- Tenemos que sacar muestras del ecuador del planeta.

- Peligro, peligro, put put. Peligro, peligro, put put.

- ¿Qué pasa, Trece? -preguntó Rossend Dard, poniéndose tenso.

- Vida orgánica muy cerca, put put. Vida orgánica muy cerca, put put.

- Será mejor que subamos a la lanzadera. Deben andar cerca los humanos de Biong y nos habrán descubierto.

- ¿Qué pueden hacernos? -preguntó la doctora Erika.

- No lo sé, pero, por lo que vimos en pantalla, son altamente belicosos; además parecen asustados.

Las mujeres entraron en la lanzadera y Trece subió por la portezuela contraria.

Rossend Dard apenas tuvo tiempo de arrojarse al suelo al ver a cuatro humanos de Biong armados. Aun a distancia, dispararon sobre él dardos luminosos intermitentes.

Rossend Dard ignoraba el poder de aquellos disparos, pero sí estaba seguro de que si le llegaban a alcanzar no le harían nada bueno, máxime después de ver que habían perforado el fuselaje de la lanzadera.

Se revolvió y, desde el suelo, disparó rayos supraultrasónicos con su pistola polivalente, graduados para no matar.

Tres de los cuatro humanos de Biong fueron alcanzados por los invisibles rayos supraultrasónicos y cayeron de espaldas, quedando yertos como si en sus frentes hubieran recibido un mazazo.

El otro atacante desapareció tras un hueco del terreno, para no ser abatido como sus compañeros.

Rossend Dard se introdujo en la lanzadera. Cerró la portezuela y saltó sobre la butaca, poniendo en marcha la pequeña nave que podía desplazarse con la misma facilidad por el espacio sin aire que dentro de una atmósfera densa y bajo el agua.

La lanzadera se alejó rápidamente de aquel lugar.

- ¿Te han herido? -le preguntó Valva, interesada.

- Por suerte, no, pero le han dado a la lanzadera.

Erika inquirió:

- ¿Está averiada?

- Averías leves, pero importantes.

- ¿Qué tan importantes? -insistió Erika.

- No podemos salir al espacio, tenemos unos agujeros en el fuselaje.

- ¿Podremos taparlos? -preguntó Valva.

- Lo intentaremos, pero va a llevar algún tiempo. Hemos de

buscar un refugio.

- ¿Pueden enviar a por nosotros desde la Esplai 11-9? -quiso saber Erika.

- Somos pocos. En casos así, es mejor salir adelante por uno mismo; pero no os preocupéis, a bordo llevamos lo suficiente para un «hágalo usted mismo».

- ¿Se está burlando? -inquirió Erika.

- No, el androide me ayudará en la reparación, pero ganaremos tiempo.

- ¿Cómo? -preguntaron las mujeres.

- Las llevaré al ecuador del planeta para que tomen más muestras de esa hierbecita. Mientras tanto, daré órdenes a mis compañeros que están arriba.

- ¿No nos seguirán?

- Seguro. Con la ayuda de sus satélites, posiblemente nos han localizado, pero se trata de poner mucho espacio entre ellos y nosotros. Como conocemos sus colonias, les evitaremos en lo posible, aunque si se dan cuenta de que estamos tocados saldrán a buscarnos.

- ¿Y por qué ese empeño? -preguntó Valva-. Si no les hemos hecho ningún daño.

- Ellos se consideran propietarios de este planeta y nos quieren ver muy lejos.

- Rossend, ¿me oyes?

Rossend Dard abrió una clavija y respondió a su compañero Llop.

- Sí, perfectamente, te oigo.

- Hemos visto que habéis sido atacados. ¿Averías graves?

- Algunos agujeros en el cart, poca cosa.

- ¿Podréis solventar el problema?

- Sí. Mientras tanto, pon en marcha el plan A-B azul.

- ¿El plan A-B azul, seguro?

- Sí, pero dentro de dos horas.

- No puede ser -protestó Erika.

- ¿Por qué no puede ser? -replicó Rossend Dard.

- Hemos de sacar muestras antes de que se ponga en marcha el plan A-B azul.

- Naturalmente, pero no podemos ir yendo y viniendo de un lado

para otro, con esos tipos persiguiéndonos.

- Hay que actuar rápidamente o abandonar la misión. ¿Qué prefieren?

- Está bien, pero si la misión es un fracaso usted será el culpable.

- De acuerdo, de acuerdo, acepto esa responsabilidad. Trece, grábatelo en la memoria, la doctora Erika exige llevar el plan adelante a toda costa.

- Orden recibida, put put. Orden recibida, put put. Mensaje grabado en memoria.

- Es que es lo que yo he dicho -se quejó la doctora Erika mientras Valva se refugiaba en el silencio.

Rossend Dard aceleró la marcha de la averiada lanzadera, temiendo que en cualquier momento aparecieran naves de Biong que les atacaran.

CAPITULO IV

A través de la pantalla, que la lanzadera llevaba en su salpicadero, pudieron ver los misiles que pasaban a gran velocidad y altura por la banda ecuatorial, dejando caer semillas y microalgas liofilizadas.

- ¿Os dais cuenta de cómo esto funciona? -preguntó Rossend Dard, satisfecho de sí mismo.

Erika, molesta, protestó:

- No hemos cogido suficientes muestras.

- Pues yo creo que son suficientes. Además, tenemos un análisis espectrográfico en la memoria de nuestra cosmonave hecho desde la órbita del planeta. Será suficiente, creo yo.

- Nunca para un análisis completo de laboratorio de investigación -continuó quejándose Erika.

- ¿Y tú qué dices, Valva? -preguntó Rossend Dard-. Siempre estás callada.

- Imagino que en una situación bélica hay que actuar de forma distinta a la ordinaria.

- Así es, Valva. Yo no tengo la culpa de que hayamos encontrado aquí a esos belicosos seres de Biong. Han fletado mi cosmonave, con tripulación incluida, para que esta misión se lleve a cabo y así se hará; a mí no me parece que esta misión sea excesivamente importante.

- Lo es -protestó una vez más la doctora Erika.

- De acuerdo, de acuerdo, lo es; pero lo primero es salir de aquí todos con vida y esos Biong quieren a este planeta más que a nosotros. No sé por qué nuestra Confederación se gasta el dinero aquí, sembrando un mundo vegetal que, por lo visto, van a disfrutar los seres del planeta Tres de este sistema estelar.

- Con el sembrado que estamos haciendo -explicó la doctora

Erika- y teniendo en cuenta la velocidad mutativa a que sometemos el proceso natural de este planeta Cuatro, hasta antes de mil años, es decir, mil ciclos completos alrededor de la estrella sol Ra, no habrá ni siquiera arbustos que lleguen a los dos metros y otros tantos mil más para que haya árboles de considerable altura.

- Eso no es nada, doctora, nada. ¿Y si los seres de Biong viven cinco mil años de promedio por individuo?

- ¿Cinco mil años? Imposible -exclamaron las dos a un tiempo.

- ¿Por qué imposible? No sabemos nada de ellos.

Los misiles volaban a una velocidad controlada, la suficiente para poder sembrar toda la banda ecuatorial del planeta. El polvillo que soltaban no se podía ver ni con telecámara normal y Rossend Dard opinó:

- Esos seres de Biong se estarán preguntando para qué sirven esos misiles.

- Los tomarán por naves -opinó Valva.

- Por lo menos nos dejarán un tiempo tranquilos, si es que no hemos conseguido despistarlos.

- ¿Cuándo arreglará la avería de este vehículo? -preguntó la doctora Erika.

- Pronto, muy pronto, pero no me gusta que me apremien. ¿Sabe qué ocurrirá después de que el planeta haya sido sembrado?

- No -respondió Erika.

- Pues que comenzará el plan A-B, pero «rojo».

- Antes nos habremos ido, ¿no?

- No lo sé. Los agujeros son más serios de lo que pensaba. Han perforado hasta los trajes espaciales.

- Si ponen en marcha el plan A-B «rojo», empezarán las tormentas -observó Valva-, y esas tormentas son imprevisibles. Tenemos unos cálculos hechos al respecto, pero pueden resultar peor de lo calculado, ignoramos cómo reaccionará el planeta.

- Sí, ya me lo imagino, pero a pesar de ello hemos de correr riesgos. Después de todo, esos seres de Biong estarán en el planeta y si las tormentas son digamos apocalípticas, no es justo que ellos las sufran y nosotros no.

- Les hemos pedido que escuchen -objetó la doctora Erika.

- Sí, pero ya los ha oído, nos han dicho que nos larguemos. Bien, yo trataré de reparar los agujeros. Si no es posible, aguantaremos

hasta que las tormentas amainen. Además, en medio de las tormentas será más difícil que nos localicen, entonces pediremos ayuda a la cosmonave Esplai.

- ¿Y podrán damos esa ayuda? -preguntó la doctora Erika.

- Sí, será suficiente con que nos bajen unos trajes espaciales. Nos vestiremos con ellos y con la lanzadera perforada, y con algún arreglo de emergencia para que no nos falle cuando salgamos de la atmósfera de este planeta, regresaremos a la Esplai 11-9. Una vez dentro de la Esplai, ya la repararemos adecuadamente.

Valva preguntó:

- Entonces, ¿el plan es aguardar a las tormentas para que una pequeña nave venga a traernos unos trajes espaciales?

- Sí, eso es.

- ¿Por qué, no los pedimos ya?

Ante la pregunta de la doctora Erika, Rossend Dard replicó:

- Porque eso sería tanto como vocear que tenemos problemas y entonces los Biong se echarán sobre nosotros, nos consideran intrusos. No han de descubrir nuestra debilidad, porque ya sabemos que nos atacarán. La prueba son los agujeros que han hecho en nuestro vehículo lanzadera. No cabe duda de su belicosidad y no van a razonar con nosotros.

Consideran este planeta como suyo y no creo que admitan que pertenece a todos los humanos de la galaxia, un lugar para el futuro, un refugio para los que se queden sin un planeta habitable por cualquier catástrofe irreparable.

Valva observó:

- Podría ser que el planeta Tres, al que pertenecen, esté en período de extinción por alguna causa que nosotros ignoramos.

- Podían habernos dicho algo más sobre el planeta Tres y su civilización -se lamentó Rossend Dard-. Sólo nos advirtieron que era una civilización tecnológicamente atrasada y muy belicosa.

- No se esperaba que dieran el salto al espacio para escapar de su planeta tan pronto -arguyó la doctora Erika.

- Por lo que se ve, nuestros observadores no descubrieron que estos seres iban muy adelantados con respecto a las cosmonaves y sus posibilidades de salir de su planeta para llegar a otro y lo han conseguido. De haber sabido algo de esto, hubiéramos podido acercarnos al planeta Tres antes que al Cuatro para observar un

poco a la civilización Biong.

Valva inquirió:

- ¿Y qué hubiéramos conseguido con ello?

- Pues quizás averiguar el motivo de su interés por establecer colonias fuera de su planeta.

- Es posible que nos hubieran atacado desde su propio planeta -opinó la doctora Erika.

- Bueno, ya no sirve de nada seguir lamentándose -cortó Rossend Dard-. Voy a reparar lo que pueda. -Se volvió hacia el androide-: ¡Trece!

- Esperando órdenes, put put. Esperando órdenes, put put.

El androide se alejó en línea recta hasta una distancia de cien metros. Después, tomando como eje la lanzadera, comenzó a moverse en círculo, manteniendo siempre los cien metros del eje de la imaginaria circunferencia, puesto que Trece era una máquina automática mecanoelectrobiónica y no un ser humano que podía tener iniciativas y emplear la astucia si llegaba el caso.

Rossend Dard desmontó parte de la cosmonave por su lado interior, descubriendo los agujeros, que recortó con un láser para dejarlos más limpios. Fue cortando láminas de metal y después, con un adherente de gran poder, pegó las placas metálicas, cubriendo los agujeros del casco.

- ¿Por qué pones las placas por dentro y no por fuera? -preguntó Valva.

- Muy sencillo -respondió Rossend Dard sin dejar de trabajar en la reparación que, en su mayor parte, consistía en taponar los agujeros-. La presión atmosférica estará dentro del vehículo y no fuera, que habrá el vacío. Es como un globito, si lo pinchas pierde el aire. Si el aire tiende a salir hacia el exterior, es más fácil que estos parches de emergencia resistan. Si pones el parche por fuera, la presión del aire que quiere salir despega el parche o cuando menos, lo intenta y despega en parte.

- Me explicas esto como si fuera una niña pequeña que va a clase, y soy doctora en geofísica y geoquímica.

- Lo siento. Como me has preguntado, te he respondido, porque una cosa es lo que se enseña en las escuelas y la otra lo que uno aprende en la vida práctica. Hay ocasiones en que una situación desesperada se salva gracias a una decisión y a un trabajo nada

escolástico, es decir, con un cable o una cinta adhesiva puede hacerse funcionar un vehículo averiado, cuando menos durante el tiempo necesario hasta que puedan resolverte mejor la avería.

- ¿Es lo que llaman chapuzas?

- Más o menos -sonrió Rossend Dard-. Las chapuzas hechas por un profesional cualificado son detestables, pero cuando se hacen para salir de una emergencia hasta hallar una solución mejor, bien venidas sean las chapuzas. ¿Sabes quiénes no son capaces de hacer chapuzas?

- No.

- Los robots, ellos y los humanos que tienen el cerebro tan cuadriculado que actúan, viven y piensan como robots.

- Das mucha importancia a la iniciativa personal e individualista.

- Así es. Admito que para conseguir grandes cosas hay que formar equipos, pero para vivir bien hay que tener iniciativas personales; de lo contrario, te dicen hasta cómo debes hacer el amor con una chica hermosa como tú.

- ¿Tú lo harías diferente de como dicen que hay que hacer el amor?

- Posiblemente.

Valva quedó perpleja, parpadeó. A su garganta subieron algunas preguntas que murieron en su lengua, pues no llegó a abrir la boca para dejarlas escapar. Rossend Dard se la quedó mirando, y por unos instantes se dio cuenta de que las mejillas de la hermosa Valva se sonrojaban.

- ¿Puedo preguntarte si eres virgen?

- Sí, ¿por qué no?

- ¿Lo eres o no?

- Sí.

- ¿Te ha molestado mi pregunta?

- Un poco, y aún no sé por qué te he respondido.

- Tanto estudiar te ha robotizado un poco.

- No me gusta que te burles de mí. Ah, mira, ahí llega Erika.

- Por la cara agria que tiene, diría que a Erika le pasó la mismo que a ti, pero ella con muchísimos más años encima. Al pasar del tiempo no querrás parecerte a ella, ¿verdad?

Valva miró a Erika, su compañera de ciencia, aunque de

distintas ramas. Físicamente no se parecían en nada. Erika era un tanto masculinoide, carecía totalmente de femineidad. Con su cuerpo, con su figura, no provocaba ningún estímulo que atrajera a los hombres. Ella sabía que muchas mujeres se quejaban de esa clase de estímulos que, según ellas, las convertían en inferiores, pero también sabía que las que se quejaban lo hacían porque eran incapaces de provocar estímulos sensuales, lo mismo que había hombres que tampoco los provocaban en las mujeres. Profesionalmente, hombres y mujeres eran iguales, pero existía la diferencia de sexos que hacía más grata la compañía de uno con el otro.

- ¿Problemas? -preguntó Erika con su voz áspera, gruesa.

- Le decía a Valva que podrá recoger muestras después de las lluvias, si es que se producen.

- ¿Hay alimentos a bordo?

- Naturalmente, llevamos alimentos de emergencia.

- Atención, atención, peligro, put put. Atención, atención, peligro, put put.

- ¿Qué ocurre, Trece? -preguntó Rossend Dard por el telecomunicador.

- Se acercan cinco vehículos tripulados por seres orgánicos, put put. Se acercan cinco vehículos tripulados por seres orgánicos, put put.

- Ya están ahí -gruñó-. Han vuelto a localizarnos de nuevo y no he tenido tiempo de reparar todas las averías. Trece, vente para la lanzadera.

- Orden recibida, put put. Orden recibida, put put.

- Vamos, todos los equipos adentro, rápido. Esos malditos seres de Biong están dispuestos a capturarnos o, lo que es peor, a eliminarnos. Habrá que darles una lección.

- ¿Cómo? -preguntó la doctora Erika.

- Sólo dispararé a matar si me obligan.

El robot puso en marcha su sistema de propulsión, que le permitía volar cortas distancias para ahorrarse tener que correr con unas piernas que no estaban diseñadas para tal uso.

Con la meticulosidad y perfección propia de una máquina bioelectrónica, Trece se detuvo y descendió junto a la portezuela del vehículo.

- Vamos, Trece, cierra la puerta -ordenó Rossend Dard.

- Orden recibida, put put. Orden recibida, put put.

- ¿Es que este androide siempre ha de repetir lo que dice? -preguntó la doctora Erika, conteniendo su irritación.

- Sí. En realidad, no venía así de origen, pero lo programamos para que repitiera dos veces las cosas. De esta forma se siente menos la soledad en los viajes espaciales.

Mientras la lanzadera se ponía en marcha, Valva preguntó: -¿Y lo del put put, también?

- Eso fue cosa de Llop, le hace más gracia así y sabe mejor cuándo cambia de frase. Por lo que cuenta, en una ocasión tuvo un androide muy serio que además se le rebeló y tuvo que desarmarlo para librarse de él. En esta ocasión hemos tenido cuidado para evitar la rebelión de Trece. Ya sabemos que hay androides de mejor aspecto y más lacónicos en el habla, pero éste nos gusta más y tiene cualidades y prestaciones superiores a los androides que se venden ya programados de serie. Nosotros opinamos que no es bueno que un androide se parezca tanto a un humano que en un momento dado se pueda confundir con uno de nosotros.

Rossend Dard siguió hablando del androide, el cual se hallaba instalado en la parte posterior del vehículo donde se transportaban las cajas de muestras, muchas de ellas ya llenas; y con muchos más datos metidos en el microprocesador, datos geofísicos y geoquímicos obtenidos por Valva, la lanzadera se alejó rápidamente de aquel lugar que trataban de cercar unas naves de Biong.

Una de las naves enemigas, pues por su actitud no se las podía considerar amigas, comenzó a disparar.

La lanzadera efectuó su propia defensa automática disparando rayos supra-láser intermitentes que daban justo en los proyectiles que disparaban los biong, haciéndolos estallar en el aire antes de que alcanzaran su objetivo.

- ¡Nos van a matar! -exclamó la doctora Erika.

Rossend Dard aumentó la velocidad del vehículo lanzadera hasta que consiguieron perderlos de vista y de las pantallas de radar.

- Rossend, Rossend, ¿me oyes?

- Sí, Llop, te oigo.

- ¿Queréis una ayuda? Podemos enviar unos cañonazos de castigo a esas naves que os atacan, desde aquí arriba los vemos

perfectamente.

- Es mejor no llegar a las últimas consecuencias. Ellos están empeñados en destruirnos, pero nosotros, por ahora, iremos escapando hasta que nos obliguen a tomar medidas serias.

- Quizá cuando se decida a tomarlas sea demasiado tarde -le dijo Erika en tono de protesta.

- Llop, pon en marcha el plan AB rojo, ya que el AB azul ya ha sido efectuado.

- ¿Estás seguro de que quieres que pongamos en marcha el plan AB rojo estando vosotros en el planeta? -insistió su compañero.

- Sí.

- Pero, ¿estáis bien?

- Dentro de lo que cabe, sí. He reparado en parte los agujeros, me falta algo más para concluir el trabajo; pero si no lo puedo conseguir, tendréis que enviar una nave monoplaza con tres trajes espaciales.

- ¿Quieres que los envíe ahora mismo?

- No. Además, será mejor observar los efectos del plan AB rojo también desde la superficie del planeta; estando aquí los biong no es cosa de estar yendo y viniendo.

- Comprendo.

- Graba el mensaje que voy a darte y lánzalo al espacio con todas las bandas de telecomunicación abiertas, para que los biong lo puedan captar en todas sus colonias y sepan qué es lo que va a ocurrir.

- ¿Y si protestan?

- No quiero dialogar con ellos por el momento. Tú lanza el mensaje y, si protestan, ya me contarás lo que digan, pero que el plan continúe. Ellos están suficientemente preparados para resistir lo que les va a venir encima.

- Adelante, ya puedes hablar. Tengo tu imagen en pantalla y estamos grabando.

- Atención, atención, seres humanos de Biong, os habla el comandante de la cosmonave Esplai 11-9 perteneciente a la Confederación. Os notifico que antes de tres horas pondremos en marcha el plan de fusión de los casquetes polares del planeta, transformando sus hielos en vapor de agua que se evaporará, mezclándose con el aire para aumentar el tanto por ciento de

humedad en todo el planeta. Esto producirá tormentas, lluvias y, en los lugares más inesperados, fuertes vientos. No se trata de ningún ataque, sino de hacer que la escasa agua de este planeta se reparta por toda su superficie y las microplantas sembradas puedan sobrevivir y convertirse en el principio de una nueva flora en este planeta desértico. Agradeceríamos no volver a ser atacados, no deseamos emplear métodos de defensa contundentes. Repetimos, no es nuestro deseo luchar contra la civilización del planeta Tres del sistema estelar Ra.

CAPITULO V

Llop, que se había convertido en el comandante accidental de la cosmonave Esplai 11-9, mantenía a los demás miembros de la tripulación en constante estado de alerta. Las colonias biong eran vigiladas permanentemente, lo mismo que sus grandes cosmonaves estacionadas cerca de las colonias.

También se mantenía una fuerte vigilancia sobre los cinco satélites artificiales que servían a los biong como repetidores y amplificadores para las telecomunicaciones.

- Yo los destruiría todos -dijo Llop a Bastian.

- Se quedarían incomunicados -respondió el joven Bastian.

- Así dejarían de molestar. En fin, Rossend sabrá lo que hay que hacer. Vamos a lanzar los misiles nucleares.

- Los tres están listos, con los destinos programados.

- Bien, fuego el «uno».

Se abrió una compuerta y apareció un gran misil termo-nuclear que abandonó la cosmonave de la Confederación. A gran velocidad, penetró en la atmósfera del planeta Cuatro de aquel sistema planetario y puso proa al polo norte.

- Fuego el «dos:» -dijo Llop, hundiendo otro botón rojo que tenía grabado el número correspondiente.

Se abrió otra compuerta y, como si tuviera vida propia, asomó el morro del segundo misil autopropulsado que escapó para penetrar en la atmósfera del planeta Cuatro, dirigiéndose al polo sur.

- Fuego el «tres».

El tercer misil escapó como sus hermanos. Su objetivo era el interior de un gigantesco cráter de volcán extinto que estaba lleno de hielo.

El primero de los misiles llegó junto al casquete polar norte que recibió el impacto termonuclear sin radicación, totalmente limpio.

El estallido creó una gran ola de calor que transformó el hielo en vapor de agua a altas temperaturas. La ola térmica se propagó en todas direcciones, la corteza del planeta Cuatro tembló y la gran llama luminosa quedó oscurecida por millones de toneladas de agua convertida en vapor.

En su primer avance, los vientos que se produjeron llegaron a los mil kilómetros y lo mismo ocurrió en el polo sur.

El casquete polar desapareció en su totalidad y en aquel lugar quedó la tierra yerma, con una temperatura por encima de los tres mil grados centígrados. Mientras, el volcán que tenía en su interior un gigantesco depósito de hielo, semejaba reventar.

Tras la explosión termonuclear, por su chimenea apareció una gran llama de vivísima luz. Apareció luego el hongo atómico y después comenzó a salir un gigantesco chorro de vapor de agua que no parecía que fuera a acabar jamás.

Los fuertes vientos desperdigaban el vapor y los cielos del planeta Cuatro se llenaron de densas nubes que ocultaron a su estrella Ra.

- Tengamos los trajes puestos -dijo Rossend Dard.

El vehículo lanzadera había sido colocado en un desnivel del terreno para evitar los vientos.

- Podemos dormir aquí durante siete u ocho horas -propuso Rossend Dard, mientras vientos de velocidad huracanada azotaban la nave.

El cielo, además de vapor de agua, se llenó de polvo y arenilla. Incluso las piedras volaban.

Las butacas anatómicas se tumbaban, convirtiéndose prácticamente en literas. Se acostaron cuando el cielo se nubló.

Habían comido frugalmente de los alimentos envasados que llevaban en la despensa de subsistencia que portaba el vehículo lanzadera. Trece no tenía ese tipo de problemas. Poseía una batería nuclear de gran longevidad que lo hacía prácticamente autónomo.

Llegó la noche y fue más oscura que nunca, con el cielo cubierto por nubes. No había ni estrellas. El planeta Cuatro semejaba haber enloquecido. Tal como habían calculado, se produjeron algunos seísmos. El suelo se abrió y algunos de los cráteres se transformaron.

Pasaban las horas y el volcán afectado por el misil termonuclear

seguía vomitando toneladas y toneladas de vapor de agua, que los vientos huracanados se llevaban.

- ¿Qué te pasa? -preguntó Valva al ver que Erika se había levantado.

- Algo me ha sentado mal, quizá sean los nervios en el estómago.

- Será mejor que no salgas, hace mucho viento.

- Tengo que caminar un poco o reventaré, no he podido dormir. Estamos en medio de los cataclismos, esta operación se está llevando a cabo en forma distinta a como se planeó antes de la partida.

- Baja la voz, vas a despertar a Rossend.

- Me da lo mismo, por su culpa estamos aquí.

- Por su culpa, no, es por los biong.

- Estoy segura de que podríamos haber partido, pero él se ha empeñado en que aguantemos. No resisto permanecer tanto tiempo encerrada aquí dentro sin luz.

Erika no quiso atender a razones y salió del vehículo. Afuera el viento era muy fuerte. Ya dentro de la lanzadera se notaba, pues el viento cargado de arena rozaba el vehículo de tal forma que parecía limarlo.

Erika se vio en la oscuridad de la noche. Sabía que no se debían encender luces para que los biong no les localizasen una vez más, aunque en aquellos momentos los biong estarían suficientemente preocupados pensando en su propia seguridad.

Erika se apartó de la cosmonave, la oscuridad era impenetrable.

No sentía el ahogo del viento, porque había tomado la precaución de colocarse un yelmo de plástico que le aislaba la cabeza; pero de súbito, una ráfaga más fuerte la desplazó de donde estaba y terminó cayendo, rodando sobre sí misma.

- Será mejor regresar -se dijo.

Se reincorporó, mas otra ráfaga, como si poseyera vida propia, volvió a empujarla. Cuando quiso darse cuenta, ya no sabía dónde estaba la lanzadera. Caminó y cayó tres veces más cuando el viento se hacía mucho más rugiente, un viento que en sus malditas entrañas llevaba piedras, dos de las cuales la golpearon casi con rabia.

Volvió a caer.

El viento la izó y, como si fuera un monstruo, se la llevó

volando, mientras Erika gritaba sin que nadie la oyera. Los rugidos del propio viento ahogaban la voz de la desesperada mujer, que por haber salido del vehículo se veía convertida en un juguete de aquel viento huracanado provocado por los misiles termonucleares de gran poder, utilizados para fundir los hielos y transformar en nubes toda el agua visible del planeta y regar con ella la siembra de las semillas de microplantas.

Cuando amaneció, el nuevo día se notaba por una débil claridad.

- ¡Valva!

La joven abrió los ojos. El rumor, que no le había impedido dormir, proseguía. Aunque más aminorado, el viento continuaba azotando el fuselaje de la lanzadera.

- ¿Cuándo terminará este viento?

- No lo sé, no hay demasiadas montañas para frenarlos y estos vientos se pueden llevar las semillas sembradas.

- Quizá no, mientras quede algo. Era la única forma de regar todo lo sembrado, desplazando el agua de los casquetes polares a la banda ecuatorial. Luego ya sacaremos el agua de alguna parte. Este planeta tiene agua, aunque esté bajo el suelo, en gigantescos lagos o mares. Un mejor estudio del planeta podría determinar en qué puntos pueden arrojarse bombas para romper la corteza en sus puntos más delgados y, así, los mares que ahora permanecen ocultos quedarán al descubierto.

- Son muchos planes, habría que lanzar muchas bombas y a los biong no iba a gustarles.

- Oye, ¿dónde está Erika?

- ¿Erika?

- Sí, no está.

- Ah, sí, se levantó esta noche, decía que no se sentía nada bien.

- Pero, ¿regresó?

- No lo sé, me dormí, el ruido del viento es infernal -dijo, mirando el techo-. Aún tenemos que elevar la voz para entendernos.

- Sí, y las telecomunicaciones han de ser forzosamente malas. Hay mucha agua, arena y tierra en suspensión y aún no ha llegado lo peor.

- ¿Qué crees que será lo peor?

- Estos vientos y el vapor de agua están provocando una gran carga eléctrica. Los truenos y relámpagos no tardarán en empezar y

tendremos sicodelia para mucho tiempo.

- Ya contábamos con estas tormentas y vientos huracanados -dijo Valva.

- Sí, pero y Erika, ¿dónde está?

- No lo sé.

- Iré a buscarla.

- Te acompaño.

- No, es mejor que uno se quede aquí dentro. Afuera todo es tormenta y todavía no ha comenzado a llover. Lo divertido será la tormenta sicodélica, me llevaré a Trece.

Cuando Rossend Dard abrió la puerta del vehículo lanzadera notó el fuerte viento exterior, un viento que rugía y había que protegerse de él con un yelmo transparente para no resultar herido en los ojos.

- Sígueme, Trece.

- Orden recibida, put put. Orden recibida, put put.

Cerró la puerta dejando a Valva dentro. La muchacha no podía ver a través de los cristales, pues tenía las corazas protectoras bajadas, ya que las piedras podían rayarlos.

- Cuando detectes vida orgánica me avisas, estamos buscando a la doctora Erika.

- Orden recibida, put put. Orden recibida, put put.

Caminaron alrededor de la lanzadera sin descubrir nada.

Salieron de la hondonada rocosa que les protegía en parte de los vientos y salieron al llano, si es que así podía llamársele, ya que abundaban las rocas y grandes peñascos.

- ¿No detectas nada, Trece?

- No detecto vida orgánica, put put. No detecto vida orgánica, put put.

- Bien, sigamos -le dijo en medio de aquel viento infernal, un viento que quemaba y que parecía querer llevárselos. Trece perdió el equilibrio y cayó al suelo. Rossend Dard lo miró, pero el androide se reincorporó y continuó su marcha como si nada hubiese ocurrido.

Rossend marcaba el rumbo y Trece le seguía.

Había decidido no contar con las telecomunicaciones, funcionaban muy mal a causa de aquella impresionante tormenta de vientos huracanados y con la fuerte carga de arena y tierra que

había en el aire y que no dejaba ver a escasa distancia.

Siguió la dirección del viento, suponía que la doctora Erika no habría caminado en su contra debido a la fuerza del mismo. En aquellos momentos, pese a ser huracanado, el viento había bajado de velocidad con respecto a la noche anterior.

Aquel rozar de los vientos contra el suelo, aquel levantar de arena y tierra iría produciendo una carga eléctrica, que no tardaría en hacerse notar.

- Detecto masa orgánica, put put. Detecto masa orgánica, put put.

- ¿Viva?

- Sólo masa orgánica, put put. Sólo masa orgánica, put put.

Rossend Dard temió lo peor.

Poco después, encajado entre unas rocas, descubría el cuerpo de la doctora Erika. Había quedado de tal forma que el viento ya no se la había podido llevar más lejos. Su cuerpo estaba roto; la sangre, a fuerza de viento, se había secado. El yelmo se hallaba destrozado y las heridas, que mostraba en la cabeza eran mortales de necesidad.

- Pobre -se lamentó Rossend Dard.

Trece le ayudó a sacarla de entre las dos rocas donde quedara aprisionada, lanzada contra ellas por el brutal viento provocado por ellos mismos con los misiles termonucleares.

- Trece, hemos de cargar con ella. Según las normas, hay que meter el cadáver en un cartucho congelador y retornarlo a nuestro planeta cuando regresemos.

- Orden recibida, put put. Orden recibida, put put.

- Cógela de las piernas.

Trece ayudó al transporte, lo cual no era fácil, pues ahora sí tenían el maldito viento en contra, aquel viento que quemaba.

Tardaron diez veces más en el regreso a la lanzadera que a la ida. Rossend Dard no entendía el comportamiento de la científica; haber salido durante la noche en medio del huracán le había costado la vida.

Se acercaron a la puerta. Rossend Dard se apoyó en ella, liberó una mano y golpeó la puerta que no tardó en abrirse.

Apareció el cañón de un arma que le apuntó al rostro y, de inmediato, Rossend comprendió que estaba perdido.

CAPITULO VI

Vio a Valva con la cabeza encerrada dentro de un yelmo negro sin mirilla. No se le veía el rostro y ella tampoco podía ver nada.

En torno a la cintura le habían colocado un ancho cinturón de nylon, de cuyos lados pendían unas argollas que aprisionaban sus manos.

Los tres seres de Biong iban uniformados. Eran milicianos natos, depredadores, hombres que no habían abandonado su planeta para descubrir otros y mejorarlos, sino para conquistarlos, utilizando las armas contra otros seres inteligentes como ellos.

- ¿Qué es lo que queréis?

- Tú eres el comandante de los alienígenas -le dijo el que parecía ser el jefe y que debía haberle visto en pantalla.

- ¿Por qué no nos dejáis en paz? Traemos un cadáver.

- Que se quede afuera.

- ¿Y el androide?

- ¿Un robot?

- Sí.

- ¿Quién lo ha programado?

- Bueno, es un proceso complejo.

- Entonces debe ser peligroso -sentenció el jefe de los biong.

No tuvo ni que apuntar. Disparó sobre Trece con su arma y salió una llamarada del pecho del androide que cayó de espaldas para quedar tendido sobre el suelo árido de un planeta que habían dado en llamar «Cuatro».

- ¿Por qué lo ha hecho? -preguntó Rossend Dard.

- Porque es peligroso -respondió con una sonrisa malsana.

- Rossend, Rossend, ¿estás bien?

- Sí, Valva, estoy bien, no temas.

- ¿Y Erika?

- Ha muerto.

- ¿La han matado ellos?

- No, ha sido el viento. Debió perderse en la noche, empujada por el viento huracanado.

- ¡Basta ya de charla! ¿Puedes conducir este vehículo?

- Sí, claro.

- Pues lo conducirás hacia donde te ordenemos.

- ¿Y si no obedezco?

- Uno de mis hombres disparará primero contra la mujer y luego sobre ti.

Aquellos seres del planeta Tres del sistema estelar de Ra, con evidente talante de conquistadores de todo lo que encontrasen, dispararían y no por defenderse, sino por matar.

- Habéis evolucionado muy poco todavía, tenéis sed de muerte.

- Ya tendréis tiempo para filosofar. Ahora en marcha, abandonamos este lugar.

- De acuerdo, pero no conseguiréis nada matándonos, no somos vuestros enemigos.

- Eso lo decidimos nosotros.

Rossend Dard puso en marcha el vehículo lanzadera; al mismo tiempo, conectó el emisor, de tal forma que en la cosmonave Esplai 11-9 pudieran verles cuando las telecomunicaciones fueran más favorables.

Por contra, cerró el receptor para que ni Llop ni los demás miembros de la tripulación pudieran hacer preguntas inoportunas que alertaran a los biong.

- ¿En qué dirección vamos? -preguntó Rossend Dard.

- Dentro de un minuto verás una nave, síguela.

El humano biong habló en clave y apareció una nave más pequeña que la lanzadera de la Confederación. Rossend Dard se limitó a seguirla.

Viajar a través de aquellos vientos cargados de polvo, arena y gran cantidad de vapor, se hacía muy difícil. Rossend Dard detectó otras dos cosmonaves que se situaron a babor y estribor.

Les condujeron a la colonia principal. Rossend Dard pudo ver las grandes cosmonaves en forma de cohetes que allí aguardaban.

- Detén el vehículo, se va a quedar aquí. Y vosotros, que sois ahora nuestros prisioneros, será mejor que os portéis bien.

- De acuerdo -aceptó Rossend Dard-, pero repito que no somos enemigos.

- Ya te he dicho que eso lo decidiremos nosotros. Sois intrusos en nuestro sistema estelar, nos habéis atacado con bombas.

- Eso es falso.

Aquella protesta le costó a Rossend Dard un culatazo en la nuca que le dejó inconsciente.

Cuando se recuperó ya le habían colocado el cinturón con las anillas que apresaban sus muñecas.

- Vamos, afuera -ordenaron.

Cuando hubo descendido del vehículo, le cubrieron la cabeza con un yelmo oscuro que le impedía ver y, junto con Valva, le obligaron a caminar.

- ¿Estás cerca, Valva?

- Sí, te oigo.

- No temas, terminarán por soltarnos.

- No estoy segura.

- Sabrán lo que les conviene. Los nuestros están arriba, vigilando.

Pronto dejaron de sentir el viento sobre sus cuerpos, justo cuando tronaban los primeros rayos.

Pudieron oír voces, seres de Biong que hacían comentarios en torno suyo, seres a los que no pudieron ver porque llevaban las cabezas tapadas, medida precautoria que los biong habían tomado para que no pudieran espiar nada.

Fueron introducidos en un elevador.

La plataforma descendió, por lo que dedujeron que la colonia tenía varios niveles en el subsuelo del planeta, pues en su parte posterior sólo dejaba ver una media circunferencia muy brillante.

La pareja formada por Rossend Dard y Valva fue introducida en una estancia. Les quitaron los yelmos que les protegían las cabezas, pero no les soltaron las manos.

- Estaréis aquí hasta ser interrogados -les dijo el oficial miliciano.

* * *

- No nos harán daño, ¿verdad? -musitó Valva.

- Esperemos que no -respondió Rossend-. Me parecen bastante evolucionados, confío en que hayan dejado atrás en su historia el

método del interrogatorio por torturas.
- Yo tengo miedo al dolor.
- Todos tenemos miedo al dolor, Valva, y no hay por qué avergonzarse de ello, es humano.
- Pero, ¿qué querrán de nosotros?
- Supongo que interrogarnos para conocer algo de nuestra Confederación y principalmente querrán saber cuáles son nuestros planes en este sistema estelar al que ellos pertenecen.
- Nosotros no les hemos hecho ningún daño.
- Ellos pensarán lo contrario. Sus cosmonaves no son tecnológicamente muy adelantadas, por lo que hemos podido ver desde nuestra cosmonave. Poseen grandes depósitos de combustible, lo que indica que consumen mucho combustible sólido o líquido y eso les limitará en radio de acción. No creo que lleguen muy lejos con posibilidades de regreso. Distan mucho de poder alcanzar un mach luz, no creo que lleguen ni a una décima de mach luz, mientras que nosotros podemos viajar a través de los sistemas estelares a una velocidad superior a quince mach luz.
- Y si preguntan, ¿qué les digo?
- La verdad.
- ¿La verdad sobre qué?
- Sobre lo que te pregunten. ¿Qué es lo que tú sabes, en realidad?
- Pues sé mucho sobre geofisica y geoquímica.
- ¿Entiendes de ingeniería cosmonáutica?
- Nada.
- ¿Qué sabes de astronomía práctica y de mapas tridimensionales de la galaxia?
- Nada.
- ¿Qué sabes de misiles teledirigidos desde el espacio?
- Nada.
- ¿Qué sabes de la milicia espacial de la Confederación?
- Nada. ¡Basta, basta! ¿Es que quieres dejarme por subnormal? -preguntó Valva, irritada.
- No. Tú has sido educada para conocer muy bien la labor que ibas a desarrollar, es decir, geofísica y geoquímica planetaria. ¿No es eso?
- Sí, pero también sé muchas otras más cosas.

- De acuerdo, pero quizá lo que les interese a ellos es de lo que tú no sabes nada y eso es malo.

- ¿Por qué malo?

- Porque no se lo van a creer y es malo que un interrogador no se crea que su víctima no sabe nada de nada.

- Entonces, ¿qué tengo que hacer?

- Hay que pensar algo…

- ¿No podemos pedir ayuda a Llop?

- Lo intentaremos; de lo que no estoy seguro es de si el mensaje llegará, debido a las condiciones meteorológicas a que se ve sometido en este momento el planeta Cuatro.

- Podemos intentarlo, porque aquí nos pueden torturar y asesinar.

- ¿Puedes acercar tu mano a mi muñeca?

- Sí, claro -respondió Valva.

Como ambos tenían las manos sujetas a los respectivos cinturones que les habían colocado, sus manos quedaban con los dedos hacia abajo y casi sobre las caderas; por sí mismos, no podían hacer nada.

Sin embargo, Valva acercó su mano a la muñeca diestra de Rossend Dard y éste dobló sus rodillas para que la mano femenina pudiera llegar a su muñeca, ya que la estatura del cosmonauta era muy superior a la de la científica.

Rossend Dard llevaba lo que parecía una pulsera hecha con placas cuadradas de quince por quince milímetros; unas engarzadas en otras.

Cada una de aquellas placas cumplía una función específica y diferente; una era cronógrafo, la otra telecomunicador, la tercera un microprocesador abridor de puertas automáticas y la cuarta, y última, el identificativo completo.

- Sujeta la segunda placa por los costados con los dedos -le pidió Rossend Dard.

Valva obedeció.

La plaquita era fina y muy plana, no parecía que su interior pudiera contener un teletransmisor de considerable potencia.

- Llop, Llop, aquí Rossend. No sé si me oyes, estamos prisioneros en la colonia principal de los biong; repito, los biong nos han cogido como prisioneros y nos retienen en su colonia principal.

Ignoro cuáles son sus intenciones. ¿Puedes oírme?

Valva, nerviosa, inquirió:

- ¿Qué hago ahora?

- Sólo oprime el lado superior.

- Ya está.

Llegó una voz, pero tan distorsionada que se hacía totalmente ininteligible. En medio de aquella voz se producían fuertes interferencias.

- No se puede entender nada -musitó Valva.

- Deben ser los relámpagos que se están produciendo en el exterior.

Ellos no podían verlo, pero el planeta Cuatro se veía sometido en aquellos momentos a un intenso ataque de relámpagos con sus respectivos truenos que hacían retumbar la corteza. Parecía un infierno eléctrico de gran potencialidad de voltaje.

Estar fuera de la colonia o de las cosmonaves era correr un gran riesgo de morir electrocutado por los rayos que caían a cientos de millares sobre todo el planeta, mientras los vientos giraban y giraban veloces en innumerables tomados y tormentas huracanadas.

La pareja prisionera oía los rayos a través de las interferencias que producían en la recepción.

- ¿Crees que ha sido Llop el que ha hablado? -preguntó Valva.

- Es difícil saberlo, dentro de una hora volveremos a llamar, y así, sucesivamente. Es posible que nuestra recepción sea peor que la que ellos puedan tener.

- ¿Y los biong lo captarán?

- No creo, pero hay que arriesgarse.

- Rossend, soy una cobarde.

- No me digas.

- Tengo miedo. Habrán oído nuestra llamada de auxilio y los biong me parecen seres sin piedad.

- Es posible que lo sean, pero todavía no estamos vencidos.

- ¿Ah, no? Eres muy optimista, mira nuestras manos.

- Este no es el mejor momento para escapar, pero lo haremos.

- No será posible.

- Yo no creo en los imposibles. Si uno se lo propone, siempre hay una posibilidad para conseguir lo que se desea, es cuestión de saber esperar el momento adecuado y luego, darlo todo.

Se hallaban frente a frente.

El hombre alargó sus manos como pudo y cogió las de la mujer. La atrajo hacia sí y buscó con su boca la de ella, explorándole el perfil de los labios con la lengua.

Ella le dejó hacer. Sintió la llamada suave y cálida sobre sus dientes, los separó y participó en la caricia labial.

En aquellos momentos, Rossend Dard despertaba el deseo de la mujer, la obligaba a olvidarse de su entorno y le insuflaba confianza.

Sus respiraciones se entremezclaron y Valva se sintió tan bien que tuvo que cerrar los párpados. Se apretó contra el hombre y deseó punzarle con los pezones de sus pechos ocultos bajo la tela, pechos que se hincharon haciéndose más turgentes.

Eran pechos plenos, pechos de hembra ansiosa de amor que semejaban querer reventar, escapando de su encierro para entregarlos al ser amado, poniéndolos en sus manos, en su rostro, en su boca, para sentir los labios pellizcándoselos y aprisionados luego entre unos dientes sádicos que sabrían detenerse en el momento justo para no causar más daño que el que podía proporcionarle goce, un goce que inundaría todo su cuerpo, que caldearía sus orejas y enturbiaría sus ojos, que produciría estremecimientos en su espinazo.

De pronto, se abrió la puerta de aquella estancia convertida en cárcel y se rompió el hechizo sensual. Sin soltarse de las manos, ambos volvieron sus caras hacia los seres que allí estaban, mirándoles con sádica suficiencia.

CAPITULO VII

Desde la Esplai 11-9, Llop observó el planeta Cuatro.

Las telecámaras situadas en el exterior de la cosmonave le proporcionaban magníficas imágenes holográficas. Podía ver los rayos que se desprendían de las nubes y atacaban la corteza del planeta. Las nubes se desplazaban a gran velocidad.

En una pantalla tenía controlada la colonia cero o principal de los biong. Junto a esta colonia, podía verse el vehículo lanzadera de la Confederación.

- Sí que ha sido mala suerte que cayeran prisioneros -se lamentó Llop.

Uno de sus ayudantes le dijo:

- Rossend Dard escapará, le conozco, no hay quien lo mate.

- La suerte siempre tiene un límite -gruñó Llop. Volviéndose hacia Bastian, que cuidaba de las telecomunicaciones. Preguntó-: ¿Has limpiado la grabación de parásitos?

- Es casi imposible y muy baja de tono y volumen.

- ¿Qué dice el ordenador central?

- Que la voz recibida, aunque ininteligible, es la de Rossend Dard, de acuerdo con la identificación sónica ya grabada en su memoria.

- Estaba seguro de que sería él, pero me hubiera gustado saber lo que decía. Ha sido una locura quedarse en el planeta después de lanzar los misiles termonucleares para fundir los hielos.

- Había que provocar la lluvia, está ordenado en la misión que nos han encomendado.

- Cierto, Bastian, pero… Ellos tenían que estar aquí arriba y no abajo, recibiendo las tormentas, los vientos huracanados.

- ¡Fijaos en esa cosmonave, se balancea!

Giovanni señaló la pantalla donde una de las grandes naves de

Biong se balanceaba, ya que estaba en posición vertical.

- No resistirá los embates de los vientos.

- Por la posición en que se halla estacionada, tiene posibilidades de caer sobre la colonia.

Bastian, preocupado, gruñó:

- Nuestros compañeros están dentro.

- La distancia que hay entre el borde del casquete que cubre la colonia biong y el pie de la cosmonave, es superior a la distancia en altura que hay entre la base del cohete y el morro; no obstante, el viento podría empujarla más de lo debido. ¡Bastian!

- ¿Sí?

- Establece comunicación con los biong, les vamos a advertir del peligro que corren.

Tardaron unos minutos en visionar en pantalla la imagen holográfica del que parecía ser el comandante en jefe de los biong que ocupaban el planeta Cuatro.

Mientras, la nave biong se movía más y más a fuerza de recibir el viento, con una intensidad tan grande que podía elevar a los seres humanos y llevárselos volando mientras los rayos lo sacudían todo y los truenos ponían una música rabiosamente ensordecedora.

- ¿Me puedes oír, ser de Biong? -inquirió Llop.

La imagen del miliciano biong osciló como si se rompiera, se borraba y volvía a reaparecer y lo mismo sucedió con su voz.

- Biong, ¿me oyes?

- Me llamo Krahower.

- Está bien, Krahower. Tenéis una cosmonave a punto de ser derribada por los vientos.

- No enti… pite el mensaje.

- No se le entiende nada -gruñó Llop.

- Creo que ha pedido que repitiéramos el mensaje -dijo Bastian.

Llop se quejó:

- Malditas interferencias.

La imagen iba y venía, el sonido se distorsionaba y lo mismo ocurría en el centro de telecomunicaciones de los biong.

- ¡Entregaos! ¡Tenemos a vue… eros!

- ¿Qué ha dicho ahora ese imbécil, Bastian?

- Creo que ha dicho que tiene prisioneros a Rossend y a Valva, aunque no estoy seguro. He aumentado el volumen de mis

auriculares al máximo y se me van a reventar los tímpanos.

- Diles tú a esos hijos de perra que suelten a nuestros compañeros o los barreremos de la faz de este planeta.

- Tu voz ya ha entrado en el emisor, lo que no sé es si llegarán a captar lo que has dicho.

El miliciano biong apareció de nuevo, su gesto era duro.

Estuvo hablando durante varios minutos, pero las pésimas condiciones meteorológicas hicieron que no llegara sonido alguno a los miembros de la Confederación.

Todo el planeta recibía los impactos de los rayos con sus respectivos truenos en medio de tormentas de alta temperatura, de nubes masivas de arena y tierra que por donde pasaban todo lo abrasaban.

- Me temo que no habrá forma de entendernos hasta que cesen estas duras condiciones meteorológicas en el planeta Cuatro.

Bastian opinó:

- Eso puede tardar años de este planeta.

- ¡Eh, Llop, se cae, se cae!

Al grito de Giovanni, Llop, que en ausencia de Rossand Dard se había convertido en comandante de la cosmonave Esplai 11-9 de la Confederación, miró a la pantalla cero y pudo ver cómo la cosmonave de los biong, al recibir el violento embate de una ráfaga más fuerte que las anteriores, cayó mientras los rayos centelleaban a su alrededor.

Los humanos de la Confederación pudieron ver cómo la cosmonave, al tocar el suelo, se partía en varios trozos, levantando una gran polvareda en derredor.

De pronto, aquella cosmonave, partida como un gigantesco monstruo alcanzado por un cañón supra-ultrasónico de alta potencia, fue pasto de las llamas.

Los depósitos de combustible inflamable, pues poseía sistemas anticuados de energía propulsora, estallaron y toda la zona se iluminó con una llama vivísima que se unió a los rayos.

Se alzó una gran humareda y el estallido, unido a los grandes vientos, hizo volcar la otra cosmonave que se hallaba en posición horizontal. Esta segunda no estalló, pero aparecieron enormes grietas en su fuselaje.

- Se van a poner furiosos -rezongó Llop.

La imagen de los biong desapareció y la pantalla se llenó de luces, obligando a Llop a pulsar un botón. La pantalla quedó cerrada.

- Tendríamos que bajar al planeta para ayudar a Rossend y a Valva.

- No -replicó Llop-, tenemos órdenes de no movernos, Rossend sabrá arreglárselas.

- No lo sé, esos biong estarán muy furiosos ahora -insistió Bastian.

- Como ellos han empezado a dar guerra, les haremos una réplica que no les va a gustar mucho.

- ¿Cuál? -quiso saber Giovanni.

- Vamos a por sus satélites artificiales, les dejaremos sin telecomunicaciones. Las tienen muy mal con tanta tormenta y tanto rayo, pero ahora se les van a terminar por completo.

Bastian trataba de poner en marcha, en un mínimo de tiempo y a la más baja potencia, los motores de la cosmonave Esplai 11-9 para que ésta se desplazara en torno al planeta. Ya conocían la localización y trayectoria exacta de los satélites de los biong.

- ¿Los vamos a destruir? -inquirió Giovanni.

- No será preciso, se los vamos a empaquetar con espuma plástica y se convertirán en unos meteoros la mar de monos.

Llop cumplió sus deseos.

Se fueron acercando a los satélites de telecomunicaciones de los biong y, uno tras otro, fueron espumeados. Perdieron su forma original y quedaron ocultos e inservibles. Las colonias biong acababan de quedar totalmente incomunicadas entre sí.

- Ahora, ¿cuál será la reacción de los biong? -preguntó Bastian.

- No lo podemos adivinar. Si quieren telecomunicaciones, se van a tener que poner en contacto con nosotros. Para eso nos vamos a colocar en la vertical sobre la colonia principal y nos aproximaremos el máximo para facilitar las telecomunicaciones.

- Si nos disparan, replicaremos, aunque ahora estarán un poco asustados al haber perdido dos cosmonaves y haberse quedado sin telecomunicaciones. En la colonia central ya no tienen cosmonaves. Si quieren escapar del planeta Cuatro tendrán que ir a las otras colonias a buscar otras cosmonaves y no está el tiempo meteorológico como para emprender largos viajes.

- Sí, pero la vida de Rossend y Valva peligra -observó Bastian.

- No creo que los maten -opinó Llop-. Es una carta que tienen a su favor. Si la pierden, lo pierden todo y lo saben. Desde aquí arriba, podríamos fundir la colonia Biong y no dejar ni rastro de ella, pero no vamos a hacer nada estando los nuestros allá abajo.

- ¿Crees que podrán escapar? -preguntó Bastian.

Llop se quedó mirando la pantalla cero donde se veía la semiesfera que protegía la colonia biong y las dos cosmonaves, una de ellas destrozada por completo, como si hubiera recibido un bombardeo, y prefirió no responder.

CAPITULO VIII

Valva y Rossend Dard habían quedado sujetos a unas celosías rectangulares y metálicas, anchas como una puerta, que se sostenían gracias a unas gruesas patas que descansaban sobre el piso.

Aquellos paneles podían moverse de un lado a otro, pero no por quienes estaban pegados a ellas por abrazaderas que sujetaban sus muñecas, tobillos, cintura y cuello.

Rossend Dard y Valva habían quedado expuestos en medio de la sala para que los biong pudieran examinarlos de cerca, pero los biong estaban muy preocupados en aquellos momentos por lo que les estaba sucediendo.

Hasta ellos llegó con claridad la caída de la cosmonave junto a la colonia y, posteriormente, la explosión. Los medios contra incendios trataron de actuar, pero tuvieron que retirarse con prontitud.

En el exterior de la colonia y junto a la misma, la temperatura era altísima y la propia colonia sufría los efectos del brutal calor.

Aquella colonia no estaba preparada para resistir altas temperaturas, pues los cálculos meteorológicos efectuados previamente les habían dado una temperatura máxima de dieciocho grados en el ecuador del planeta y en el momento más fuerte de la canícula.

Su sistema de refrigeración era demasiado básico para poder combatir tan altas temperaturas.

Funcionaban a tope los sistemas de ventilación, pero el aire del exterior era más caliente aún.

Unas chicharras lanzaban sus impresionantes ruidos por toda la colonia, poniendo en estado de alarma total a sus moradores. Mujeres y hombres biong corrían de una parte a otra mientras los

prisioneros continuaban sujetos de aquella forma tan ignominiosa, impropia de una civilización evolucionada.

Las puertas de la colonia que daban al exterior fueron cerradas herméticamente para que el viento, cargado de arena y tierra que quemaba sus rostros y manos, no siguiera penetrando. Afuera ya nada podían hacer; la lanzadera de la Confederación había sido desplazada por la onda expansiva producida por el estallido de la cosmonave que había reventado en su caída, derribada por el vendaval.

Los biong no sólo estaban furiosos, si no que también tenían miedo.

Los rayos y truenos tronaban de tal forma que parecía que el apocalipsis hubiese llegado para ellos. Las telecomunicaciones con las otras colonias y con el lejano planeta Tres ya no funcionaban, estaban completamente aislados.

- Atención, atención, va a hablar el comandante Krahower. Atención, va a hablar el comandante Krahower -anunció una voz chillona por los altavoces repartidos por toda la colonia.

Por los altavoces brotó a continuación la voz de Krahower que trató de relajar la situación.

- La tormenta la han desatado los intrusos alienígenas que tratan de invadimos para exterminarnos a todos, pero no nos aplastarán. Resistiremos aquí, tenemos armas para defendemos. Unas expediciones partirán para mantener el contacto con las demás colonias, somos más fuertes que ellos. Todos los miembros de esta colonia obedecerán las órdenes taxativamente, en estas circunstancias no se tolerará ninguna indisciplina. Dentro de la colonia estamos seguros, no nos vencerán. Hemos conquistado un planeta y será nuestro, que cada cual ocupe el lugar asignado.

Krahower añadió algunas palabras, siempre en el mismo tono amenazador y dictatorial. Después comenzó a salir por los altavoces una música con ritmo marcial.

Los ánimos parecieron calmarse. La gente dejó de correr, aunque andaba aprisa de un lado a otro, quizá sin saber hacia dónde.

- ¿Cómo te sientes, Valva?

- No lo sé, no me gusta estar en esta forma.

- Terminarán soltándonos.

- ¿Me dices eso para tranquilizarme?

- Por lo visto, les ha pasado algo desagradable.

- ¿Habrán atacado los nuestros?

- No, no lo creo, Llop tenía orden de no hacerlo. Nosotros no somos belicosos, no somos milicianos del espacio ni conquistadores de nada, sólo queríamos poblar de flora un planeta muerto, nada más, ellos se han empeñado en vernos como enemigos.

- El calor es horrible, Rossend.

- Sí, horrible -admitió el hombre.

Ambos sudaban copiosamente, pero nada podían hacer para combatir el calor, ni siquiera para quitarse las ropas que les agobiaban.

Krahower apareció ante los prisioneros.

Le seguía una escolta de milicianos armados, y junto a ellos iba un grupo de hombres y mujeres vestidos con uniforme, pero que no parecían ser milicianos.

- No nos exterminaréis -silabeó ya de entrada Krahower, encarándose con Rossend y Valva mientras todos sudaban. El calor era asfixiante, resultaba difícil respirar.

- No somos vuestros enemigos -insistió Rossend Dard.

- ¿Ah, no? Habéis destruido nuestras cosmonaves.

- No lo creo -replicó Rossend Dard valientemente.

- Están destrozadas afuera.

- Si están destruidas, habrá sido accidentalmente o porque se hallaban mal estacionadas.

- ¿Mal estacionadas? -gruñó Krahower. Se adelantó hasta Rossend y, delante de todos, le abofeteó con dureza.

- Eres un maldito cobarde. Estoy sujeto, no puedo replicarte.

- Os aplicaré los castigos que sean precisos, y serán muy duros, os lo prometo. Este planeta es nuestro, nos ha costado mucho llegar hasta aquí y establecer las colonias. No vamos a permitir que nos lo arrebatéis.

- Él ha dicho la verdad, no os vamos a quitar nada -insistió Valva-. Sólo hemos sembrado plantas, minúsculas algas. Tratamos de que el mundo vegetal evolucione rápidamente para que en el futuro éste sea un planeta con vida propia; pero nosotros no lo hemos ocupado, no nos hemos apoderado de él como sí habéis hecho vosotros.

- Eso es mentira, es la máscara bajo la cual ocultáis vuestras

verdaderas intenciones.

- Si nos ocurre algo desagradable, las fuerzas espaciales de la Confederación vendrán aquí para averiguar lo sucedido -advirtió Rossend.

- Sois nuestros prisioneros y confesaréis vuestros propósitos.

- Se empeñan en no creer una verdad sencilla -gruñó Rossend Dard desde su humillante posición el verse sujeto con abrazaderas metálicas a aquel enrejado rectangular que se sostenía sobre unas amplias patas de hierro, bajo las cuales había unas invisibles ruedecillas que permitían trasladarlas de un lugar a otro con facilidad.

- ¡Nos habéis atacado!

- Yo diría lo contrario. Habéis disparado contra nosotros y habéis perforado nuestra pequeña nave. Después habéis vuelto a atacarnos y al fin nos habéis capturado y maltratado.

- Sois prisioneros de guerra, este planeta es nuestro.

- ¿Por qué insistís tanto en eso? -preguntó Valva.

- Porque nosotros hemos llegado aquí los primeros.

- Bajo esa premisa, los propietarios del planeta seríamos nosotros -objetó la científica.

- ¿Ah, sí? -rezongó, sarcástico.

- Sí. Los vestigios de hierba que hay en este planeta no han nacido por generación espontánea, sino que fue sembrada por enviados de la Confederación que llegaron aquí hace tiempo, mucho antes que ningún habitante del planeta Tres; es más, creíamos que tardaríais aún mucho tiempo en llegar a este lugar.

- ¿Y eso por qué? -gruñó Krahower.

- Porque sois una civilización todavía primitiva tecnológicamente. Aún no estáis preparados para dar grandes saltos en el cosmos, vuestras cosmonaves son rudimentarias.

- ¿Acaso vosotros podríais enseñarnos cómo funcionan cosmonaves de alta velocidad?

- Sería un placer intercambiar tecnología espacial con una civilización que evolucionara en bien, pero me temo que los biong haríais un mal uso de una tecnología superior a la que ya poseéis.

- Nosotros defendemos nuestra supervivencia, y no creáis que todos tenemos la misma ideología. Aquí estamos unidos en el mismo plan y objetivo, pero en nuestro planeta Tres somos

enemigos o cuando menos, así lo parece.

- ¿No habéis llegado aún a la unión política y social completa en vuestra civilización? -preguntó Valva, asombrada.

- No, imposible.

- ¿Por qué imposible? -siguió preguntando la joven.

- De esta forma los dos bloques militares disponemos de presupuestos militares muy altos. Y gracias a esas grandes inversiones tecnológicas militares, hemos podido poner en marcha el plan «Alternativa Tres».

- «Alternativa Tres», ¿qué significa eso? -preguntó Rossend Dard.

- Nuestro planeta Tres se asfixia por la contaminación, por la desaparición de sus recursos naturales y por el aumento imparable de la población, pese a que se ha reducido de forma natural y también con campañas adecuadas. Somos demasiados para los recursos con que cuenta nuestro planeta y producimos demasiados detritus orgánicos e inorgánicos que el planeta no puede absorber y asimilar. Nuestra civilización camina inexorablemente hacia su autodestrucción.

- ¿Y las medidas de salvación que habéis decidido tomar son esa «Altemativa Tres» de la que habláis?

- Así es. Nuestra solución era llegar a un planeta virgen, insuflarle vida y cuidar de él.

- ¿Y sólo se salvarían de la autodestrucción los que se quedaran aquí? -preguntó Valva.

- Así es -asintió Krahower-. Hemos seleccionado los mejores hombres y mujeres inteligentes y completamente sanos, científicos, artistas y artesanos de primera magnitud.

- Que se aparejarían entre sí y tendrían hijos que sería vuestra descendencia -añadió Rossend.

- Exactamente, sería la nueva raza biong, una raza perfecta, sana y muy inteligente, una raza superior.

- ¿Y si nacieran niños subnormales o tarados?

- Se les practicaría inmediatamente la eutanasia, no habría tarados, sólo individuos de una raza superior -sentenció Krahower. Su mirada semejó perderse en un futuro que a él debía parecerle espléndido, era la mirada de un visionario.

- Me dais asco -silabeó Rossend Dard-. Sois unos malditos racistas. Habéis condenado a vuestros hermanos de civilización a la

autodestrucción total, seleccionando a los que queréis que sobrevivan para formar una supuesta raza superior. ¿Por qué no invertís todo el dinero, todo el trabajo de vuestra civilización, para vivir en paz y encontrar una solución para todos y no sólo para unos pocos escogidos, utilizando el dinero y el trabajo de los demás que seguramente permanecerán engañados, sin saber que existe vuestra «Alternativa Tres», sólo apta para una élite? Los demás, después de haberos dado su sudor y su sangre, que se pudran.

- Son populacho inferior. Deberían estar agradecidos porque, gracias a ellos, a su trabajo y a su dinero, se pueda crear una raza superior que se desarrollará en un planeta nuevo.

Rossend Dard y Valva miraron atónitos a aquel alucinado que hablaba de forma tan despreciativa de quienes producían los fines que ellos utilizaban para sus planes de salvación racista; no podían dar crédito a sus palabras.

- ¡Estás loco! -le espetó Rossend Dard.

Krahower se le acercó más y le golpeó el rostro duramente.

- Tú estás loco.

- No conseguiréis vuestro propósito -gruñó Rossend.

- ¿Ah, no, quién va a impedirlo, vosotros?

- Habéis perdido ya dos cosmonaves, lo hemos oído, y los vientos no cesarán hasta dentro de un tiempo, cuando comience a llover.

- Aguantaremos -le replicó Krahower, que sudaba lo mismo que sus prisioneros; el calor resultaba asfixiante.

- No sólo sois una civilización tecnológicamente poco evolucionada, si no que mentalmente también estáis atrasados -les dijo Valva.

- No conseguiréis anular nuestro plan «Alternativa Tres».

Los demás miembros del grupo que acompañaban a Krahower permanecían en silencio, atentos a las palabras de su jefe.

- Os he dejado hablar demasiado sobre nosotros. Ahora me diréis las cosmonaves que poseéis, de qué defensas disponéis, cuántos miembros forman vuestra expedición y otras preguntas más.

Rossend replicó:

- Ya lo hemos dicho todo.

- Ponedlos en el panel tres -ordenó Krahoweer.

Los acompañantes de Krahower movieron los paneles de celosía

vertical a los que estaban sujetos los prisioneros, poniéndolos de espaldas a la pared y conectaron unos cables a las parrillas metálicas.

Krahower se situó frente a ellos con un aparato en la mano, era un telecontrolador por infrarrojos en el que sobresalía un mando giratorio.

- Ahora vais a contestar a mis preguntas.

- Estás loco, no tenemos nada que responder. Somos humanos de la misma galaxia que ofrecemos la paz.

- ¡Aaaagh! -gritó Valva.

Rossend Dard la miró, la vio vibrar patéticamente sin poder escapar de las abrazaderas que la sujetaban a la celosía metálica por la que pasaba la corriente eléctrica.

Krahower había hecho un giro, todavía pequeño, en el mando por control remoto que tenía entre sus manos.

- ¡Hijo de perra! -le gritó Rossend Dard tratando de liberarse sin conseguirlo.

- Si no hablas seguiré torturándola, y va a sufrir mucho, puedes estar seguro.

La electricidad dejó de pasar por el cuerpo de Valva que quedó jadeante.

Rossend Dard hubiera preferido que le torturaran a él, estaba seguro de aguantar, pero ver torturar a Valva no podía soportarlo. No podía verla sufrir y sacudirse a causa de la progresiva electrocución.

- Está bien, diré lo que queráis.

- Así me gusta. Nuestros métodos siempre dan resultado.

- Lo que no entiendo es cómo tenéis estos instrumentos de tortura.

- ¡No, Rossend, no les digas nada! -suplicó Valva.

- No quiero que estos bestias que se las dan de raza superior te torturen.

- ¡No les digas nada! -chilló de nuevo, resuelta a sacrificarse.

Krahower movió de nuevo el dial del mando por control remoto y los voltios volvieron a introducirse en el cuerpo femenino, sacudiéndolo con violencia.

Valva parecía presa de un ataque de locura, toda ella vibraba. Sus huesos se habrían roto de no permanecer sujeta por las fuertes

abrazaderas.

- ¡Basta! -gritó Rossend Dard.

Krahower cortó el castigo que estaba infligiendo a Valva. Esta ladeó la cabeza sólo lo que la abrazadera le permitió. Apenas sin voz, suplicó:

- No digas nada…

- ¿Qué es lo que quieres saber, hijo de perra?

- Si sigues insultándome, os castigaré a los dos -advirtió Krahower.

- Esta tortura es inútil, no hay nada que decir, pero pregunta que te responderé.

- ¿Cuántas cosmonaves sois?

- Una.

- Si mientes, os mataré, pero muy lentamente.

- Lo imagino.

- ¿Cuántos humanos viajan en ella?

- Veintidós. Todos, menos nosotros, están en la cosmonave.

- ¿Está armada vuestra cosmonave?

- Si.

- ¿Podría atacamos?

- En situación defensiva, sí.

- ¿Qué velocidad crucero alcanzáis por el cosmos?

- Quince mach luz.

- Eso no es posible… -exclamó.

- Vente conmigo arriba y daremos una vuelta por el espacio. Con menos de esa velocidad no se puede dar el salto interestelar.

- Eso es cierto -admitió Krahower.

- ¿Qué más quieres saber?

- Cuál es vuestra capacidad de respuesta.

- ¿Bélica?

- Si.

- Con respecto a vosotros, es total. ¿No os basta la demostración que ya hemos hecho? Hemos fundido los casquetes polares y los hielos del primer substrato. Hemos provocado los vientos que hay afuera, esas tormentas. ¿Qué más queréis?

- Bien, bien. En principio, parece que has respondido a las primeras preguntas, pero necesitáis un poco más de castigo para que os mostréis más sumisos, luego ya seguiremos hablando.

- ¿Qué es lo que quieres, en realidad?

- Que vuestra cosmonave descienda y todos se entreguen.

- Eso no sucederá jamás.

- Ya lo veremos. No os vamos a dejar libres para que os acerquéis al planeta Tres y allí denunciéis nuestra estancia aquí, que es totalmente secreta. En nuestro planeta Tres no se debe ni sospechar que existe la «Alternativa Tres».

- ¿Por qué no?

- Cundiría el pánico. Las hordas del populacho se rebelarían y harían caer a nuestros gobiernos.

- Ya, esos gobiernos que se nutren de sus ciudadanos y que los engañan.

- No hay otra salida para nosotros, esto es la supervivencia.

- Estáis equivocados, deberíais buscar otra solución, otra alternativa.

- ¿Cuál?

- La de la paz, el trabajo, la desaparición del terror a las armas, la supresión del gasto armamentista que vosotros sostenéis con la historia de que vuestros distintos bloques se van a exterminar el uno al otro.

- Hablas demasiado. Que tomen un poco de su viento -ordenó Krahower.

Quitaron los cables de conexión y empujaron aquellas parrillas verticales hacia la puerta de salida, fuera de la colonia. En el exterior, el viento era terrible, quemaba y la arenilla que llevaba en suspensión, abrasaba.

- ¡Canallas, dadnos unos protectores para los ojos! -pidió Rossend Dard, mas no le hicieron caso.

Cerraron las puertas y les dejaron afuera para que sufrieran el castigo de aquellos vientos letíferos contra los que no podían defenderse mientras los demás se protegían dentro de la colonia.

- ¡No abras los ojos ni la boca, Valva, no los abras!

La joven tenía la cabeza ladeada, estaba afectada por la electrocución controlada y torturadora que había sufrido.

En medio de aquel vendaval donde escasamente llegaba la luz, Rossend Dard sintió la mordedura de la arenilla y la tierra que golpeaba las partes desnudas de su cuerpo como manos y rostro.

Vio el vehículo lanzadera volcado, posiblemente a causa de la

explosión de los tanques de combustible de la cosmonave biong derribada por el vendaval.

Pasaron los minutos.

Rossend Dard comprendió que no resistirían mucho tiempo más en aquella desagradable situación. Se abrasaban, la temperatura era demasiado alta en aquel lugar afectado por la combustión del carburante de la cosmonave.

Sus cuerpos se defendían con grandes sudoraciones.

- Vamos a morir, Rossend -gimió Valva casi sin voz.

- No abras la boca, se te va a llenar de esta maldita arena -dijo el hombre, también perdiendo la voz, notando que la arena impulsada por el vendaval no sólo le impedía hablar, sino que le mordía el interior de la garganta.

Temió que aquél fuera su final, un final muy desagradable.

Había tratado de salvar a Valva y no lo había conseguido. Ahora les llegaría la muerte en medio de rayos, truenos, tormentas de arena. Hacía aún demasiado calor para que el agua se condensara y se precipitaran las lluvias.

Movió la mano en cuya muñeca llevaba el telecomunicador, mas era inútil, no podía establecer contacto. Llop y los demás miembros de la Esplai 11-9 no podían saber que se encontraban en aquella situación tan desesperada.

Con las telecámaras no podían verles debido a las nubes y a la gran cantidad de arena y tierra en suspensión en aquellos letales vientos que azotaban la superficie del planeta Cuatro. Aunque emplearan los infrarrojos, tampoco podrían distinguirles; la imagen infrarroja sería demasiado borrosa, máxime cuando las temperaturas eran tan altas en aquel lugar.

Entreabrió los párpados para mirar a Valva que tenía los ojos y la boca cerrada; aún respiraba, pero…

- Objetivo cumplido, put put. Objetivo cumplido, put put.

Rossend Dard agitó la cabeza como si tratara de escapar de una pesadilla.

- No puede ser, no puede ser -repitió, notando sus labios hinchados.

Miró hacia adelante y le vio allí, a un metro frente a él. ¡Trece!

- ¿Qué hago? Put put. ¿Qué hago? Put put.

- ¡Por todos las estrellas del cosmos, corta las argollas, libérame

en seguida!

- Orden recibida, put put. Orden recibida, put put.

El androide se acercó más. Con uno de sus dedos, disparó un fino láser que fue cortando las abrazaderas de metal.

- Creí que te habían destruido.

- Sólo recibí un shock electromagnético, put put. Sólo recibí un shock electromagnético, put put.

- Menos mal… Vamos, ahora libera a Valva, rápido.

El androide cortó las abrazaderas, liberando a Valva. De no haber cargado Rossend Dard con el cuerpo de la mujer, ésta se habría desplomado.

Sabía que no podría soportar durante mucho más tiempo aquel viento abrasador y no había dónde huir a pie.

La lanzadera estaba volcada, posiblemente destruida, y refugiarse en su interior era quedar expuestos a que les descubrieran de inmediato y, en ese caso, serían fácilmente vulnerables.

- Vamos, Trece.

Corrieron junto a la pared semiesférica que cubría la colonia de los biong. Era metálica, resistía los embates de los vientos y los rayos no la golpeaban. Los truenos hacían retumbar el suelo que pisaban, como si recibieran constantes y ensordecedores cañonazos.

Rossend Dard comprendió que tenían que guarecerse, costara lo que costase. Ahora tenían consigo al robot que había resistido el ataque de los biong.

Anduvieron lo suficiente para no ser vistos desde la entrada principal de la colonia si alguien aparecía por ella. Deduciendo que tras aquella pared no estaba la sala principal o gran hall de la colonia, Rossend Dard señaló al androide un lugar concreto.

- Trece, haz un agujero aquí por el que podamos pasar; después, lo taparás.

- Orden recibida, put put. Orden recibida, put put.

El androide apuntó con su dedo que disparaba el fino láser a la pared que tenía una cierta curvatura, pues pared y techo formaban una semiesfera que cubría toda la colonia que penetraba en el subsuelo a varios niveles, constituyendo una especie de nivel de insectos.

El fino rayo láser impactó, lanzando destellos en torno a la

plancha metálica.

Después el androide dirigió su dedo dibujando una perfecta forma oval digna del mejor delineante. Había que tener en cuenta que el microprocesador que el robot llevaba incorporado era quien guiaba aquel dedo, que más parecía un compás, pues no vacilaba en absoluto.

La plancha cedió sin que hiciera falta siquiera una patada, cayendo hacia el interior.

Cuando Rossend Dard ya pensaba que no resistirían más y oprimía el rostro de Valva, para que no sufriera más el ataque del viento que quemaba y erosionaba a causa de la arena que llevaba en suspensión, el agujero de entrada quedó ante ellos.

- ¡Adentro, Trece!

- Orden recibida, put put. Orden recibida, put put.

- ¡No hables tanto, imbécil!

- Orden recibida, put put. Orden recibida, put put.

- Eres imposible… Vamos, cubre de nuevo el agujero para que no lo noten, dale sólo un par de puntadas de soldadura para que no se caiga.

Mientras el androide volvía a colocar en su sitio la plancha cortada, Rossend Dard miraba en derredor.

Se hallaban en una dependencia en la que había muchas tuberías de servicio. Por allí entraba y salía el aire, aunque los motores debían hallarse ubicados en el nivel más bajo de la colonia.

- Este es un buen lugar para escondernos. Esperemos que los vientos y el calor cedan -dijo en voz alta.

- Agua, agua -pidió Valva.

- Lo siento, pero ahora no puedo darte agua, tienes que resistir.

Ella abrió los ojos y sus pupilas verdes se clavaron en el hombre. Forzó una sonrisa y musitó:

- Resistiré.

- Estupendo. Si nos atrapan de nuevo lo vamos a pasar muy mal.

Trece se encaró con ellos. Rossend Dard lo miró y luego observó la puerta que daba acceso a aquella dependencia repleta de tuberías.

- Suelda esa puerta, Trece -le ordenó-, que nadie pueda pasar por ella.

- Orden recibida, put put. Orden recibida, put put.

El androide se acercó a la puerta y con uno de sus dedos lanzó el dardo fundente que soldó la puerta con las jambas, de tal modo que no se pudiera volver a abrir, salvo que la cortaran.

- Por lo menos ahora estaremos seguros aquí.

- Rossend…

- ¿Sí? -Le acarició los cabellos. Él estaba sentado y con las piernas extendidas y la mantenía abrazada contra sí, con los cabellos húmedos por el sudor.

- ¿Crees que podremos escapar?

- Sí.

- Me engañas, ¿verdad? -preguntó apenas sin voz. Su garganta había sido castigada por el viento abrasador.

- No.

- ¿Cómo escaparemos?

- La tormenta de rayos y truenos cederá y podremos llamar a Llop para que envíe a buscarnos.

- ¿Y si nos descubren antes?

- Nos defenderemos.

- ¿Cómo? Nos quitaron las armas.

- Tenemos a Trece.

- ¿Está armado?

- Sí.

- Ellos son muchos.

- Trece luchará con ellos y si consiguiéramos un par de armas para nosotros…

- No te das nunca por vencido, ¿verdad?

- Un cosmonauta que va por libre, aunque flete su cosmonave al gobierno, jamás ha de darse por vencido. Debe encontrar soluciones para lo que sea y en cualquier momento. Si no tiene ese instinto de supervivencia, está perdido.

- Te creo, Rossend.

- Haces bien.

Miró a Trece, que a su vez les escrutaba con sus ojos electrónicos después de haber soldado la puerta para impedir que les sorprendieran, y le ordenó:

- Date la vuelta y no nos mires.

- Orden recibida, put put. Orden recibida, put put.

El androide, más obediente que el más fiel de los perros

entrenados, se puso de cara a la puerta como si acabaran de castigarle.

Rossend Dard inclinó su cabeza sobre la de Valva y la besó en los labios.

Ambas bocas estaban castigadas, pero al unirse suavizaron sus escozores. Los dos sabían que estaban muy cerca de la muerte, de la desaparición total. ¿Por qué no gozar del tiempo que pudiera restarles de vida?

Trece, comportándose casi humanamente, como un niño travieso, giró un poco la cabeza para mirar a la pareja que se besaba y acariciaba apasionadamente.

CAPITULO IX

Rossend Dard estuvo golpeando con los nudillos todo aquel entramado de tuberías. Trataba de averiguar si por todas ellas pasaba aire o también agua.

Al fin, se concentró en una de ellas de color más oscuro.

- Trece, ven aquí.

El androide se acercó y Rossend Dard le señaló un punto de la tubería.

- Aquí quiero un agujerito pequeño, lo más delgado posible.

- Orden recibida, put put. Orden recibida, put put.

Trece apuntó con su dedo desde un metro de distancia y disparó el dardo láser lo más fino posible. Casi inmediatamente, brotó un chorrito de líquido.

- Vamos, Trece, analiza ese líquido.

El androide abrió una puertecita en su pierna derecha y extrajo un tubito metálico que trató de llenar con aquel líquido.

- Déjame a mí, tú no lo llenarás nunca.

Rossend Dard colocó el tubo de forma que pudiera recoger el líquido donde caía, tras describir un arco en el aire.

- Toma, analízalo ahora.

Trece lo volvió a introducir en el pequeño receptáculo de su pierna. Cerró la portezuela y abrió una segunda puerta que había en su pecho. Tecleó en unos botones con sus dedos y al poco, su voz de bocina anunciaba:

- H dos O, cero dos por ciento de cloruro sódico, cero coma cero cinco de cloruro cálcico, cero coma tres de carbonato magnésico…

- ¡Basta, Trece, dime si es potable! -le atajó Rossend, impaciente.

- Potable, put put. Potable, put put.

- Eso es lo que quería que me dijeses.

- Potable, put put. Potable, put put.

- Cállate ya, te van a oír desde afuera y dame el tubito, vamos.

- Orden recibida, put put. Orden recibida, put put.

Rossend llenó el tubo en la misma forma que antes y se acercó con él a Valva que dormía. Le vertió el agua cuidadosamente en la boca y casi de inmediato asomó la lengua femenina para sorberla, buscando más. Abrió los ojos y miró a Rossend.

- ¿Agua?

- Sí, espera, te traeré más.

La mujer siguió con los ojos la maniobra de Rossend Dard y le vio llenar el tubito que luego llevó a la boca femenina. Valva bebió y se recuperó rápidamente.

- ¿Cómo te encuentras?

- Mejor -dijo con voz oscura.

- Bien, por lo menos no moriremos de sed.

- Hace mucho calor.

- Sí, corremos el riesgo de deshidratarnos, pero si tenemos agua sobreviviremos.

- Me gustaría beber mucho y ducharme toda.

- No es bueno abusar del agua. En cuanto a ducharnos, aquí hay agua de sobras, lo malo es que si mojamos el suelo terminará saliendo por debajo de la puerta y nos descubrirán.

- ¿Crees que no saben dónde estamos?

- No, no creo, se habrán llevado una sorpresa si han encontrado las celosías vacías. Habrán creído que hemos escapado por ahí, habrán registrado la lanzadera y quizá nos den por perdidos.

- ¿Y cuánto tiempo deberemos permanecer escondidos aquí?

- Unas cuantas horas más, hasta que amaine la tormenta. Rossend Dard acercó su boca al chorrito de agua y bebió de él, pero era un chorrito mínimo. Miró a Trece y le pidió:

- Agrándalo, que salga más agua.

- Orden recibida, put put. Orden recibida, put put.

El robot mecano-electro-biónico disparó el láser con la punta de su dedo y brotó un chorro considerable de agua.

- ¿Qué has hecho? -gritó Rossend Dard.

- Es igual -dijo Valva.

Corrió hacia el chorro de agua, empapándose la cara y haciendo que su cuerpo se mojara también.

Bebieron y se remojaron. Rossend comentó:

- Está demasiado caliente, pero es agua.

Trece miró el reguero de agua que se dirigía hacia la puerta y comenzaba a salir por ella. Rossend Dard lo advirtió y entonces dijo:

- Hay que provocar problemas a los biong.

- ¿Cómo? -quiso saber la joven.

- Aquí hay muchas conducciones, agua, aire. Creo que esta gran llave da paso al aire que respiran en la colonia, voy a cerrarla.

- ¿Pretendes asfixiarlos?

- Más o menos -respondió, forzando la llave, haciéndola girar varias veces hasta cerrarla.

- Ahora podríamos abrir la conducción de aire que viene del exterior, aire que quema.

- Vas a convertir la colonia en un calefactor gigante.

- Es lo que pretendo.

- Giró la otra llave y la canalización del aire se puso en marcha. El abrasador aire del exterior se introdujo en la colonia. Descendería hasta el más profundo de los niveles y luego subiría, obligándoles a abrir las puertas.

- ¿Y ahora qué? -preguntó Valva.

- Ahora, a esperar. Cuanto más caos provoquemos, más oportunidades tendremos de escapar.

- ¿Y si descubren el agua?

- Tardarán un poco en abrir la puerta. Nos darán tiempo suficiente para salir por el agujero por donde hemos entrado.

- Está taponado -observó ella.

- Trece volverá a abrirlo.

- ¿Y si vienen a solventar el problema de las tuberías de insuflado de aire?

- Dejemos que la suerte se ponga un poco de nuestro lado.

* * *

Por el hall pasaban varios de los biong, muy nerviosos.

Se había descubierto la fuga de los prisioneros, pero se ignoraba en qué dirección habían huido, ya que las puertas de la colonia permanecían cerradas.

Registraron el vehículo lanzadera y también los restos de la cosmonave biong destruida; también rastrearon los alrededores utilizando vehículos de traslación por ruedas.

Unas patrullas armadas habían partido para rastrearlo todo y pasaron cerca del lugar que los fugados utilizaran para reentrar en la colonia sin advertirlo. Uno de los vigilantes había fruncido el ceño, como notando algo extraño, pero el vehículo prosiguió la marcha, pasando de largo.

- Habrán llegado hasta aquí sus compañeros y los habrán ayudado a escapar.

- Eso es que nos tienen miedo -había respondido a Krahower el otro jefe de la colonia biong.

- Sí, claro, nos tienen miedo, de lo contrario hubieran intentado entrar en la colonia.

- Eso es lo que pienso.

- Debemos estar todos armados por si reaparecen.

- Lo mejor sería recuperar a los prisioneros. Manteniéndolos como rehenes podemos exigirles que claudiquen.

- Si sólo tienen una cosmonave, lo que coincide con los datos que nosotros hemos obtenido, es difícil que haya descendido por aquí cerca, la habríamos detectado.

- Pueden haber enviado un vehículo pequeño, un transbordador aeroespacial como el que está ahí afuera, volcado.

- Sí, es una posibilidad, lo malo es que nuestras telecomunicaciones están totalmente anuladas.

- ¿Se intenta restablecer las telecomunicaciones con las otras colonias?

- Sí, se intenta, pero no responden, es como si los satélites hubieran dejado de funcionar.

- ¿Cree que ha podido ser la tormenta eléctrica?

- Es posible, pero por los datos que me han pasado, es como si los satélites no existieran. No llegan las telecomunicaciones, ni siquiera con distorsión.

- ¿No le parece que aumenta el calor?

- Sí, se está haciendo insoportable -admitió Krahower, pasándose el dedo por el cuello de la camisa para separarlo de su piel-. Sería conveniente que revisaran la refrigeración.

- Tengo entendido que funciona al máximo de su potencia.

- Pues no lo parece. -Inclinó la cabeza y miró el borde de las perneras de su pantalón que goteaban de sudor.

Las puertas de cristal de los elevadores se abrieron y por ellas

comenzaron a aparecer seres de biong, aquellos seres elegidos entre su civilización para crear una nueva raza.

Aquellos hombres y mujeres, científicos y artistas, habían desaparecido de sus respectivos lugares de residencia sin dejar rastro, sin dar un aviso explicando el porqué de su ausencia.

- ¿Qué sucede? -inquirió Krahower adelantándose hacia ellos.

Un oficial miliciano, de los que componían la colonia, dijo medio ahogado:

- Abajo no se puede estar, la temperatura ha subido a sesenta grados.

- ¿Y la refrigeración? -gruñó Krahower sudando como los demás, aunque los que aparecían por los ascensores semejaban ahogados de calor.

- No es suficiente.

- Que el equipo de mantenimiento la arregle -ordenó Krahower.

Los biong se refugiaban por docenas en el gran hall. Aquél parecía ser el lugar más fresco de la colonia, por lo menos hasta aquel momento, pues el calor que les asfixiaba subía desde el nivel más bajo.

Se dieron órdenes rápidas y tajantes y un equipo de mantenimiento descendió al último de los niveles buscando la desconocida avería.

Una mujer de las que habían estado tosiendo se fijó de pronto en el agua que salía por debajo de la puerta, que correspondía a los servicios de canalizaciones.

- ¡Aquí está la rotura! -exclamó.

Su voz halló eco en otras y llegó hasta Krahower que se fijó en el agua y dijo sin vacilar:

- La avería está ahí dentro, que un equipo lo arregle en seguida.

Uno de los ingenieros de mantenimiento fue hasta la puerta, mas ésta no cedió. Trató de empujarla con su cuerpo y continuó sin abrirse.

- ¡Derríbenla! -ordenó.

- Van a entrar -musitó Valva mirando hacia la puerta.

- Sí, no tardarán en hacerlo -admitió Rossend.

Ambos estaban empapados del agua que salía a chorrros por la tubería agujereada por el láser del androide.

- Trece, abre otra vez la salida.

- Orden recibida, put put. Orden recibida, put put.

Mientras trataban de derribar la puerta sin conseguirlo, pues estaba soldada al marco, Trece abrió de nuevo el boquete por el que habían entrado en la colonia para refugiarse.

Salieron por él y una vez afuera, Trece volvió a colocar la plancha en su lugar y la soldó.

- ¿Adónde vamos ahora? -preguntó Valva gritando, pues los truenos de la tormenta eléctrica les ensordecían.

- Podríamos correr a refugiarnos en la lanzadera. Ya la habrán registrado y estarán seguros de que no nos hallamos en ella.

Corrieron hacia el vehículo volcado y entraron por la puerta posterior que era la más cómoda. Casi inmediatamente se abrieron las puertas de la colonia y aparecieron los biong buscando un aire más frío.

Enloquecidos por la asfixia y el insoportable calor, se abrían las ropas para poder respirar y quitarse de encima el sudor que les agobiaba.

- ¿Qué harán ahora?

- Moverán las llaves, cambiándolas de sentido para volver a refrigerar la colonia, pero eso les llevará algún tiempo, no va a ser fácil cambiar la temperatura. Aquí afuera es más soportable a causa del viento, pero dentro será un verdadero horno.

- Nos descubrirán.

- No -replicó Rossend Dard-, ahora están demasiado entretenidos.

Resultaba difícil avanzar por el interior del vehículo que estaba volcado de costado. Había que caminar entre los asientos que se hallaban de lado. Rossend Dard llegó hasta el panel de mandos y se dijo en voz alta:

- Esperemos que aún funcione esto.

Movió una clavija y, de inmediato, sonó una voz.

- Sí que funciona, Rossend, te estamos oyendo.

- ¡Llop!

- Hola, Rossend. ¿Estáis bien?

- Erika murió, pero Valva, Trece y yo aún nos podemos mover.

- Entonces todo no está perdido.

- Claro que no. ¿Cómo es que se oye tan bien?

- Bastian ha mejorado las telecomunicaciones con su ingenio, ha

ampliado antenas y ha colocado unos filtros electrónicos en batería.

- Bueno, en otro momento me lo cuentas. Dile a Bastian que magnífico.

- Hemos estado escuchando hasta que ha aparecido vuestra voz.

- Nos hemos escapado.

- ¿Os persiguen los biong?

- En este momento se están asando vivos; bueno, nosotros también. Si no he perdido diez kilos, no he perdido ninguno.

- Y yo -dijo la muchacha a su lado.

- Tú no puedes haber perdido diez kilos, Valva, ya estabas algo delgada.

- Bueno, no habré perdido tanto, pero…

- Lo importante es que no has perdido tus redondeces.

- Puso sus manos sobre los senos femeninos y los acarició sin que ella protestara.

- Eh, que os estamos viendo -advirtió Llop.

- Pues no mires tanto y métete entre ceja y ceja que estamos en apuros.

- ¿No funciona la lanzadera?

- Está volcada y no creo que pueda despegar.

- ¿Lo vas a intentar?

- Ahora, no; si lo hiciera, delataríamos nuestra presencia dentro del vehículo y si despegase, bien; pero si no, nadie iba a salvarnos. Esos biong son unos malditas racistas y belicistas.

- ¿Qué vas a hacer entonces? -inquirió Llop, preocupado.

- Tantear la cosmonave mientras ellos ventilan su nido.

- Voy a enviaros un monoplaza con armas y trajes espaciales.

- No, no lo hagas, antes tienes que hacer otra cosa.

- ¿El qué?

- Vas a destruir todas las cosmonaves de los biong.

- ¿Las cosmonaves de los biong y sus colonias también?

- No, no hay que exterminarlos. Si quieren matarse entre ellos que hagan lo que les venga en gana. Tú dispara contra sus cosmonaves y destrúyelas. La última que destruyas que sea la que les queda aquí en la colonia principal.

- ¿Por qué quieres que les destruya las cosmonaves?

- Nos han dicho que les gusta mucho este planeta; pues que se queden en él pero con su propio sudor, no con el sudor y el dinero

de los habitantes del planeta Tres de este sistema estelar de Ra que están engañados. Ya te lo explicaré mejor, ahora haz lo que te pido, destrúyeles las cosmonaves.

- De acuerdo, Rossend, de acuerdo. Nos alejaremos para dar la vuelta al planeta y poder destruir sus cosmonaves. Ah, las tormentas eléctricas están amainando, pronto lloverá en algunas zonas.

- Magnífico, había que regar lo sembrado, aunque me temo que con tanto viento no habrá forma de saber dónde están las semillas.

- No importa -dijo Valva, manteniendo su cuerpo contra el del hombre, como si no quisiera despegarse de él.

- ¿Ah, no, por qué? ¿No era importante la siembra de hierba y otras especies vegetales?

- Sí, pero con que arraigue un mínimo tanto por ciento ya será un éxito. Esto no es un campo de cultivo que pueda cuidarse con goteo controlado, es un planeta que esperamos desarrolle una vida vegetal con una evolución progresiva acelerada.

- Ya lo has oído, Llop. Ahora déjales sin vehículos para que vayan acostumbrándose a quedarse aquí.

- De acuerdo. Os dejamos solos, suerte.

Dejaron de oír la voz de Llop que permanecía a bordo de la gran cosmonave Esplai 11-9.

- Y si nos atacan, ¿cómo nos defenderemos? -preguntó Valva.

- Tenemos a Trece. Ahora, vamos a hacer algo importante.

- ¿El qué?

- Ver de reparar este cacharro. Hasta ahora no se han inventado las alas para que podamos volar hasta el espacio interplanetario.

CAPITULO X

- Otro agujero tapado -dijo Rossend, satisfecho de su obra.

- ¿Resistirá?

- Esperemos que sí. Después de todo, no pienso pedirle mucho tiempo. Nuestros trajes espaciales están averiados, fueron agujereados por los impactos y necesitan una reparación delicada.

- Si el aire escapa no podremos sobrevivir cuando la lanzadera haya salido de la atmósfera de este planeta.

- Así es, Valva, y eso, si este cacharro consigue moverse.

Valva miró en derredor. El vehículo volcado daba una sensación de total abandono, aunque las luces de los paneles funcionaban.

- Han llegado nuevos vehículos con ruedas -señaló Valva, que por las ventanas de la lanzadera vigilaba lo que ocurría en torno a la colonia.

Pese a que los vientos habían disminuido y la tormenta eléctrica también había amainado, se hallaba con las puertas abiertas.

- Serán los que nos han estado buscando.

- Parece que dentro han conseguido reparar la avería.

- Podríamos averiarlos más rompiéndoles el cascarón-cúpula que cubre la colonia.

- ¿Con qué?

- Desde luego con las armas que tenemos aquí, no; sólo tenemos a Trece con sus dedos láser. Las otras armas nos las quitaron.

- Krahower está en la puerta de la colonia gesticulando.

- Me lo imagino -respondió Rossend Dard.

Junto a él estaba el androide, realizando soldaduras.

- Termina esto, Trece.

- ¿Ya no quedan más agujeros? -preguntó Valva.

- Creo que no, pero no es momento de salir afuera para revisar todo el casco de la lanzadera.

- ¿De verdad crees que podremos despegar?

- Corremos mucho riesgo. Si pongo los motores en ignición nos impulsaremos hacia adelante, pero el arrastre puede provocar nuevos desperfectos en la lanzadera que nos impedirán salir de la atmósfera.

- ¿Y cómo podríamos despegar?

Todavía no se me ha ocurrido. Si en vez de volcada estuviera en su posición adecuada con los perfiles patín bien aposentados, no habría problema.

- ¿Y no podemos elevarnos en vertical?

- Imposible. Para ascender en vertical tendrían que ponerse en marcha los cohetes de la panza y ésta se halla de costado.

- Pues sí que es difícil la situación -suspiró Valva.

- No hay que desesperar. Primero comprobaré que los controles puedan funcionar.

- ¿Y si no funcionan?

- En ese caso deberemos esperar a que el destino se ocupe de nosotros. Krahower no nos va a perdonar la vida.

Mientras, la Esplai 11-9 se desplazaba en el espacio en busca de las otras colonias biong.

- Eh, mirad -señaló Giovanni-. Ahí abajo hay una columna de vehículos rodantes que se desplaza por la superficie del planeta.

- Sí, ya veo -admitió Llop-. Como se han quedado sin telecomunicaciones, deben ir a su colonia principal para comunicarse directamente.

- Pues llegarán pronto a la colonia principal -opinó Giovanni mirando la pantalla, que amplió la imagen de los vehículos, de aspecto blindado y muy bélico.

- Como Rossend Dard y Valva no consigan despegar con la lanzadera, lo van a pasar muy mal.

- Podemos amenazarlos con destruirlos a todos si no los sueltan.

- ¿Crees que esos locos belicistas se van a creer derrotados? Son fanáticos que mueren matando.

- Ahí tenemos otra colonia -señaló Llop.

Giovanni dijo:

- Objetivo localizado y centrado.

Pulsó las teclas del ordenador y fueron apareciendo números líquidos.

- A ver si con un cañonazo es suficiente -dijo Llop, oprimiendo el disparo del cañón super-láser de defensa.

El grueso rayo lumínico brotó de la Esplai 11-9.

Penetró en la atmósfera del planeta Cuatro y, sin desviarse un milímetro, dio de lleno en la cosmonave biong que allí aguardaba, presta para despegar.

La cosmonave estalló al no poder resistir la alta temperatura del cañonazo del super-láser.

El fuego vivísimo se expandió en todas direcciones, pero la colonia no sufrió desperfectos. No obstante, no tardaron en asomarse los biong que allí se guarecían, observando atónitos lo que había sucedido.

- Se han quedado sin su cohete para regresar a su planeta Tres.

La Esplai 11-9 prosiguió viaje en busca de las otras colonias, para ir destruyendo las cosmonaves una por una, dejándoles sin posibilidad de escape ni de regreso.

- Ahora comprobaremos los circuitos de ignición -dijo Rossend Dard.

La lanzadera sufrió una leve sacudida. Uno de los motores de quilla, que se utilizaban como cohetes de despegue y toma de contacto en vertical, despidió una vivísima llama.

- ¡Rossend!

- ¿Sí?

- ¡Nos han visto! -casi gritó Valva.

Rossend miró por las ventanillas, sin dejarse ver demasiado.

Los biong se habían fijado en lo ocurrido en la lanzadera.

Krahower, que se hallaba a las puertas de la colonia, señaló la lanzadera justo cuando llegaba una columna de vehículos rodantes, fuertemente armados y blindados.

Las órdenes de Krahower se multiplicaron pese al viento que casi le impedía hablar. Sus brazos gesticulaban y sus secuaces más directos trataban de interpretar exactamente sus órdenes. Los vehículos rodantes armados comenzaron a rodear la lanzadera tomando posiciones de combate.

- Estamos perdidos -gimió Valva.

- ¡Rossend, sé que estáis ahí dentro! -exclamó la voz de Krahower filtrándose por el receptor de telecomunicaciones, ya que Krahower hablaba a través del microemisor que sostenía en su

mano.

- No vamos a entregarnos para que nos torturéis más -le replicó Rossend Dard.

- Vais a salir con las manos en alto o seréis destruidos.

- Si nos destruyes, nuestros compañeros lo arrasarán todo.

- No nos dan miedo tus compañeros, tenemos con qué replicarles.

- A mí no me lo parece.

- Sois unos arrogantes, pero sin posibilidades de fuga. Os tenemos rodeados. Entregaos o daré orden de reducir a cenizas ese vehículo.

- ¿Pueden hacerlo? -preguntó Valva.

Rossend Dard miró a través de las ventanillas y tuvo que admitir

- Sí, pueden. Están fuertemente armados.

- Entonces, ¿tenemos que entregarnos?

- Eso es lo que quiere Krahower.

- Si tuviéramos armas para replicar… -se lamentó Valva.

- Yo tengo mis dedos, put put. Yo tengo mis dedos, put put.

- No dispares ahora con ellos, Trece -le ordenó Rossend Dard-. Si lo haces, agujerearás nuestro vehículo.

- Orden recibida, put put. Orden recibida, put put.

Valva se encaró con Rossend Dard. El desánimo estaba en su rostro, en su mirada.

- Nunca me he dejado arrastrar por la desesperación, siempre he pensado que existe una última oportunidad.

- Esta vez, no, Rossend, estamos rodeados.

- ¡Os doy cinco segundos para que abráis la puerta y salgáis de ahí dentro o seréis destruidos! Sé que habéis sido vosotros los que habéis cerrado las conducciones de aire de la colonia y casi nos asfixiáis. Muy listos, pero al final no os ha servido de nada. Uno… dos…

- ¿Qué hacemos? -preguntó la joven.

- ¿Quieres que nos ejecuten de una forma sádica después de que nos hayan obligado a decirles todo lo que quieran?

- Yo aguantaré hasta la muerte, no diré nada, palabra, y exijo que tú tampoco digas nada, aunque me veas morir.

- Eso sería imposible, Valva. Yo tengo sentimientos hacia ti, no es simple deseo, es mucho más.

- Rossend, Rossend… -Le cogió con sus manos por la nuca y buscó su boca besándola con desesperación-. Muramos juntos.

- …Cinco -anunció la irritante voz de Krahower, filtrándose por el receptor del vehículo lanzadera.

El cielo semejó abrirse y los rayos fueron escuálidos ante aquel rayo rectilíneo y grueso, de luz vivísima, disparado desde el espacio interplanetario.

El cañonazo del super-láser impactó en la última cosmonave que les quedaba a los biong y ésta estalló, incendiándose violentamente y produciendo una gran onda expansiva de aire y calor.

Muchos biong salieron volando y sus vehículos rodantes, también.

El propio Krahower fue elevado en el aire y se golpeó contra la cúpula de su colonia. Su cabeza estalló. Resbaló por la pared metálica y quedó yerto en el suelo mientras los biong huían en todas direcciones. La cosmonave se consumió en medio del intenso fuego que proporcionaba el contenido de los depósitos de energía.

La onda expansiva sacudió de nuevo la lanzadera, poniéndola en su posición adecuada. Rossend Dard se apartó de Valva.

- Ahora es el momento.

Pulsó los botones de ignición de motores y la lanzadera comenzó a elevarse entre medio de aquel fuego que el vendaval hacía más caótico. Los biong huyeron hacia el interior de su colonia, tratando de refugiarse.

- ¡Lo hemos conseguido, lo hemos conseguido! -gritó Valva, viendo cómo el planeta se alejaba de ellos más y más.

- Esperemos que los agujeros estén bien tapados o nos quedaremos sin aire y… -Prefirió no continuar.

La mujer se sujetó a la butaca anatómica y salieron de la atmósfera del planeta Cuatro.

El planeta rojizo quedó bajo sus pies, ya como una gran circunferencia. Las nubes lo cubrían en su mayor parte. Rossend Dard advirtió:

- Estamos perdiendo aire.

- ¿Mucho?

- Si no encontramos pronto a la Esplai 11-9 estamos perdidos -gruñó Rossend. Abrió las telecomunicaciones y llamó-: Llop, Llop, ¿me oyes?

- Sí, te oigo perfectamente.

- Estamos perdiendo aire, la presión desciende, es posible que dentro de poco perdamos el sentido. Te entrego el mando de la lanzadera, que nuestro computador central la guíe por control remoto. Me temo que yo no voy a poder soportar la bajada de presión hasta el final. La lanzadera está averiada.

- De acuerdo, nos hacemos cargo, protegeos como podáis -dijo Llop.

A través del teclado, Llop ordenó al computador central de la cosmonave que guiara la lanzadera hasta el interior de la cosmonave por control remoto.

- Rossend, me duele mucho la cabeza -se quejó Valva cogiéndosela entre las manos mientras comenzaba a fluir la sangre por su nariz.

- Recuerda que al final siempre hay una solución.

- Abrázame, abrázame -suplicó ella sintiéndose morir al faltarle la presión del aire en su cuerpo. Sus venitas comenzaban a reventar.

Rossend Dard la estrechó contra sí como si con su cuerpo, con sus brazos, pudiera ofrecerle la presión de atmósfera artificial que necesitaba, pero era inútil, totalmente inútil, y la muerte les llegaba por falta de aire.

EPILOGO

- ¿Cómo os encontráis? -preguntó Llop. Junto a él estaban otros compañeros.

Rossend y Valva yacían en sendas camillas, uno junto al otro. Abrieron los ojos y observaron en derredor, satisfechos.

- ¡Estamos vivos! -exclamó Rossend.

- Sí, la lanzadera entró bien en el hangar y cerramos rápidamente. Hemos devuelto la presión que os faltaba, un poco más y no lo contáis.

Extendieron sus manos el uno hacia el otro y Valva y Rossend Dard quedaron así unidos, se habían salvado.

- Oye, Rossend, ¿qué hacemos con los biong?

- Que el gobierno de la Confederación diga la última palabra cuando les informemos de lo ocurrido. Por mí, que se queden en ese planeta.

- No tienen escapatoria ni forma de telecomunicarse, les anulamos los satélites artificiales y no tienen posibilidad de arreglarlos.

- Que sigan en el planeta que ellos han escogido para vivir. Hemos hecho algo importante, ya lo creo que sí, hemos dado comienzo a una nueva civilización planetaria. Cuando pasen los milenios, estos primeros habitantes del planeta Cuatro serán olvidados. Constituirán una civilización como pretendían, pero van a tener que cultivar la hierba que nosotros hemos sembrado, si es que quieren seguir comiendo.

Hubo risas mientras la Esplai 11-9 proseguía su ruta de retorno a la Confederación a través de los espacios interestelares, dentro de la gran galaxia espiral.

FIN